TEATRO SELECTO
CONTEMPORANEO

MIGUEL
ARTZIBACHEV

CELOS

Traducción del ruso
por N. Tasin

TASIN

10

Biblioteca Nueva

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/celosdramaentres538artu

CELOS

M. ARTZIBACHEV

CELOS

DRAMA EN TRES ACTOS, TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL RUSO POR N. TASIN

BIBLIOTECA NUEVA
LISTA, 66. — MADRID

S. L. de A. G.—Cartagena-Madrid

MIGUEL Artzibachev es un predilecto de las musas. Con sus primeros ensayos literarios, hace unos veinte años, supo ya ganar la atención benévola del público y de la crítica rusos. Eran cuentos como El horror, La mancha *y* La sangre, *escritos en un estilo palpitante como el corazón humano, agudo como una espada bien afilada.*

Sus temas favoritos eran la tristeza de la vida rusa, las persecuciones policíacas, los atentados terroristas, los fusilamientos... Como eran reflejo exacto de la trágica realidad, los cuentos de Artzibachev se leían ávidamente.

Pronto alternó con los cuentos las novelas grandes. Ya no eran obras impregnadas de espíritu revolucionario. La generación posterior a la revolución de 1905 no se dejaba ya arrebatar por los ideales socialistas. Prefería entregarse a los goces de la vida, a las fiestas y aventuras galantes, y tenía una sonrisa bur-

677100

lona para los idealismos de sus antecesores. Epoca de escepticismo que Artzibachev pintó maravillosamente en su novela Sanin.

Su fama literaria aumentaba con cada novela, con cada cuento. Hacia 1907 fundó una revista, La Tierra, *que muy pronto adquirió una gran popularidad. Las obras ds Artzibachev se pagaban a precios tan altos como las de Andreiev o Gorky. Se convirtió en el autor de moda, sobre todo a raiz de la publicación de otra novela,* El último límite. *Entonces fué cuando Artzibachev decidió probar sus fuerzas en el teatro:*

—¡Voy a escribir un drama que me dará un millón!—dijo medio en broma, medio en serio a su editor. Y escribió Celos, *esta obra que, por primera vez, se publica en castellano.*

Artzibachev no se equivocó. Su drama le dió una fortuna. En todos los teatros rusos se representó innumerables veces y fué traducido al alemán, al francés, al inglés y a otros idiomas, alcanzando en Berlín y en París, sobre todo, éxito muy lisonjero.

No hace mucho, Artzibachev huyó de la

Rusia sovietista y, según noticias fidedignas, se encuentra ahora en París, donde acaba de escribir un nuevo drama, en el que refleja la terrible tormenta social que se ha desencadenado sobre Rusia. Procuraremos dar a conocer también esta obra al público de habla española, así como una selecta colección de novelas cortas del mismo autor, en cuya traducción nos ocupamos en estos momentos. Artzibachev merece que el público inteligente le preste su mayor atención.

N. C.

PERSONAJES DE LA OBRA

SERGIO STEPANOV (40 a 45 años).
ELENA, su mujer (25 a 27 años).
MALININ.
GAGARIN
CLAUDINA, su mujer (25 a 27 años).
EL PRÍNCINE DARBELIANI, del Cáucaso (30 años).
EL ESTUDIANTE PABLO (20 años).
SONIA, colegiala (17 a 18 años).
EL TENIENTE IVANOV (25 años)
KOVALENKO, médico militar (47 años).
PEDRO, lacayo.
MÚSICOS DEL CÁUCASO.

ACTO PRIMERO

Una merienda en la montaña. Un claro del bosque, al borde de un despeñadero. Más allá sombrías montañas cubiertas de arboleda. En último término montañas nevadas que ilumina el sol poniente.

Junto al despeñadero, en el suelo, sobre un mantel, fiambres, pan, botellas de vino, un samovar, tazas.

Sergio Stepanov y el doctor Kovalenko, sentados en el tronco de un árbol derribado, beben vino. El grueso Gagarin cuida del samovar. Malinin, tendido boca arriba, contempla las montañas. En primer término Elena, bella, elegante, vestida de claro y tocada con un gran sombrero de paja, está sentada en un montón de piedras, junto a Claudina, vestida con no menos «chic». A sus pies, mirándola con ojos amorosos, está sentada

Sonia. Ante las tres, sobre la yerba, se hallan el estudiante Pablo y el teniente Ivanov. El príncipe Derbeliani, en pie detrás de Elena, se apoya contra un árbol.

ESCENA I

SERGIO

Al médico, continuando la conversación.

No, Doctor; con frecuencia, los sentimientos y los actos del hombre no dependen de él. Muchas veces el hombre no es responsable de unos ni de otros.

EL DOCTOR

Es posible.

MALININ

A mi juicio, sólo los imbéciles no son responsables de sus actos. Debía publicarse un decreto especial prohibiendo a los hombres ser imbéciles.

Pausa.

PABLO

Señor teniente, ¿tiene usted cerillas?

EL TENIENTE

Sí; pero me dará usted un cigarrillo: se me ha olvidado la petaca.

PABLO

Con mil amores. Siempre llevo una buena provisión.

SONIA

Fuma usted demasiado, Pablo.

PABLO

No puedo remediarlo, es una costumbre inveterada. Empecé a fumar a los siete años, y el tabaco ha envenenado mi organismo. En el colegio, siempre estaba en el calabozo por fumar.

EL PRÍNCIPE

¿Y estudiaba usted en el calabozo?

PABLO

No haga usted chistes, príncipe; no está en su papel. Usted debe guardar un silencio misterioso y sonreir despectivamente. Los hombres de su estirpe de usted se limitan a eso. *(El príncipe sonrie con desprecio y se encoge de hombros.)* ¡Así! ¡Muy bien, muy bien! El estilo lo es todo.

ELENA

¡Qué bonito es esto! Ahora empiezo a apreciar todas las bellezas del Caucan. Al principio me asustaba un poco. ¡Qué lástima que nos vayamos tan pronto!

EL TENIENTE

¡Pues no se vaya usted!

SONIA

¡Claro! ¡Querida Elena, no se vaya usted! Yo he de seguir aquí todavía un mes; el Doctor no me dejará marcharme antes.

EL DOCTOR

Porque continúa usted tosiendo. No está usted aún restablecida por completo.

SONIA

No me curaré nunca.

Pausa.

EL TENIENTE

Si se queda usted con nosotros, Elena, le buscaré a usted un buen caballo, y haremos excursiones por las montañas.

ELENA

De buena gana me quedaría; pero mi marido no puede: le espera su periódico.

EL TENIENTE

Bueno; que se vaya él solo.

EL PRÍNCIPE

Con ironía mordaz.

Elena, como esposa fiel, no puede vivir sin su marido.

ELENA

¿Cree usted?

EL PRÍNCIPE

¿Que es una esposa fiel? ¡Dios me libre de ponerlo en duda!

PABLO

Y esa circunstancia imprevista aflige mucho a nuestro príncipe, a lo que parece.

EL PRÍNCIPE

¡Qué tontería!

Claudina se ríe

ELENA

¿De qué te ríes?

CLAUDINA

Tiene gracia. Desengáñese usted, príncipe: no hay esposas fieles.

EL PRÍNCIPE

Hay una, y es Elena.

SONIA

Cogiendo cariñosamente la mano de Elena y apretándola contra su mejilla.

¡Quisiera estar siempre junto a usted!

CLAUDINA

Todas somos inocentes y puras hasta que dejamos de serlo; pero... el día menos pensado...

ELENA

Mirando de reojo a su marido

¡No digas tonterías, Claudina!

MALININ

Hay una cosa que no acabo de comprender: no hay hombre, por feo y por poco interesante que sea, que no haya tenido una

aventura con una casada. Siendo limitado el número de las casadas, no debe existir ni una que, al menos una vez, no engañe a su marido...

STEPANOV

Olvidas un pequeño detalle: hay mujeres que engañan a su marido muchas veces, y merced a ellas, se restablece el equilibrio.

Todos rien.

PABLO

Eso sugiere ideas negras. ¡No me casaré nunca!

CLAUDINA

Todos los jóvenes dicen lo mismo. Pero figúrese usted que encuentra una muchacha que...

PABLO

Interrumpiéndola groseramente.

En todo caso no sería usted.

CLAUDINA

¡Dios mío, qué grosero!

PABLO

Tanto peor... para usted.

ELENA

Pablo, se pone usted insoportable.

Pablo, con enojo, vuelve la cabeza a otro lado. Claudina rie.

ELENA

Me da lástima irme. Ahora unos días a Moscú y luego, para todo el invierno, a esa maldita Kharkov. ¡Si supieran ustedes lo antipática que me es! *(Un corto silencio.)* Su tristeza gris se me mete en el alma y a veces me parece que no voy a tener ánimos para moverme mientras viva y que voy a vivir muy poco...

EL TENIENTE

Un motivo más para permanecer aquí unos días y despedirse de nosotros antes de morir...

ELENA

¡Ay, es imposible! Pero todos vivimos en la odiosa ciudad y no tardaremos en vernos.

SONIA

No todos.

EL PRÍNCIPE

Yo iré pronto a Kharkov.

Elena le dirige una rápida y furtiva mirada.

PABLO

Como si pensara en voz alta.

Ahuyentará a los cuervos.

EL PRÍNCIPE

¿Qué dice usted?

PABLO

Nada.

ELENA

Con acento de reproche.

¡Vamos, Pablo!

PABLO

Es una broma, Elena...

EL PRÍNCIPE

¡No me gustan esas bromas, señor estudiante!

PABLO

¡No le pido a usted su opinión, señor príncipe!

ELENA

¡Basta, basta! Príncipe, se lo ruego.

EL PRÍNCIPE

¡Puede usted mandármelo, Elena!

ELENA

Con coquetería.

¡Entonces, se lo mando!

EL PRÍNCIPE

Obedezco.

Pablo se rie con risita irónica y enciende otro cigarrillo.

GAGARIN

¡Pero nadie bebe! ¡Vaya una merienda sosa!

CLAUDINA

En cambio, tú bebes por todos, según veo.

GAGARIN

Riendo confuso.

¡No tanto, mujer! ¡Luego, la tarde es tan hermosa!

CLAUDINA

Secamente.

No es una razón para emborracharse.

ELENA

Y, sin embargo, yo me emborracharía. ¿No me ha visto usted borracha, príncipe? Una vez me emborraché y estuve graciosísima. *(Pausa.)* ¡Qué hermosa tarde! No volveré a ver una puesta de sol semejante...

SONIA

¡No diga usted eso! ¡Es tan triste...!

EL DOCTOR

La vida es triste. Tres enfermos graves me esperan en el hospital, y yo de cuchipanda...

MALININ

¡No nos amargue usted la vida con sus enfermos! Yo llevo quince días sin poder acabar un artículo, y no me quejo.

STEPANOV

Los enfermos, doctor, se morirán sin su

concurso de usted y no perderán gran cosa.

GAGARIN

Pablo ¿quiere usted un vaso de vino? ¿Y usted, mi teniente?

CLAUDINA

¡Sí, bebamos! Venga usted, Pablo. Cuando los intelectuales rusos no beben o no juegan, hablan de literatura o de la muerte. Muy aburrido...

Se levanta y se acerca al grupo sentado alrededor del samovar.

STANOV

Tiene razón.

GAGARIN

Radiante.

¡Oh, mi Claudina tiene un talento... Ustedes no la conocen!... Recuerdo que una vez...

CLAUDINA

Arrodillada y escanciando vino en un vaso.

¡Basta, señor marido! Ten en cuenta que el que un marido elogie mucho a su mujer prueba una de dos cosas: o que él es un imbécil...

EL DOCTOR

¿O qué?

CLAUDINA

O que ella le engaña como a un chino. *(Se echa a reir.)* Se me ocurre una idea, señoras y señores. Vamos a ver la cascada.

SONIA

Levantándose presurosa.

¡Sí, vamos! ¡Levántese usted, Pablo!

PABLO

Levantándose lentamente.

No tiene mucho que ver; el agua cae y cae, llena de tedio...

EL TENIENTE

Y cuando el espectáculo merecerá la pena de verse será luego, a la luz de la luna.

ELENA

Teniente, tráigame usted vino. Estoy tan a gusto, que no quiero moverme.

EL TENIENTE

Levantándose.

¡A sus órdenes! ¿Qué vino quiere usted?

ELENA

Me es igual.

Se queda sola con el príncipe.

EL PRÍNCIPE

Bueno, señora, ¿está usted contenta? La he obedecido a usted. ¡A no ser por su in-

tervención, ya le hubiera dicho yo a ese mocito...!

ELENA

Gracias, es usted muy amable.

EL PRÍNCIPE

¿Insiste usted en irse?

ELENA

¡No hay más remedio!

EL PRÍNCIPE

¡Quédese!

ELENA

¿Por qué?

EL PRÍNCIPE

Pregunte usted más bien por quién.

ELENA

Bueno, ¿por quién?

EL PRINCIPE

Por mí.

ELENA

¿Por usted?

Durante algunos instantes le mira de un modo provocativo y, como al descuido, deja inerte la mano, que el príncrpe cubre de besos. Ella rie quedamente, mirando hacia el grupo de detrás. El teniente se acerca,

EL TENIENTE

Tome, señora. *(Ella retira la mano.)* Y usted, príncipe, ¿por qué no bebe?

EL PRINCIPE

Porque temo hacer alguna tontería.

Elena le dirige una mirada rápida y pone los labios en el borde del vaso como si besara el cristal; lo vacía de un trago y, retadoramente, lo levanta en alto.

ELENA

He apurado mi cáliz.

EL TENIENTE

¡Bravo! Yo, una tarde así, en presencia de una mujer como Elena, soy capaz de hacer tonterías hasta sin beber.

PABLO

Acercándose.

No lo dudo.

ELENA

¿Empieza usted de nuevo, Pablo?

CLAUDINA

Desde lejos.

Príncipe, venga usted. Quiero beber con usted el «bruderschaft», y que nos tuteemos.

GAGARIN

Con dulce reproche.

¡Claudina!

EL PRINCIPE

No me gustan esas cosas.

CLAUDINA

¿No quiere usted? Usted se lo pierde. Beberé con Pablo.

PABLO

Secamente.

Déjeme usted en paz.

CLAUDINA

¡Algún día me tuteará usted!

STEPANOV

¿Por qué?

CLAUDINA

No sé... es una idea...

PABLO

¡Una idea bastante estúpida!

ELENA

Vamos, Pablo. ¡Es usted insoportable!

El príncipe y el teniente pasan a segundo término y hablan mirando de cuando en cuando a Pablo.

PABLO

No puedo ver a toda esta gente anodina y estúpida que la rodea a usted. No comprendo qué placer puede usted hallar en su compañía. Es usted demasiado indulgente.

ELENA

Y usted es todavía demasiado joven, Pablo. Es una gente un poco frívola; pero en el fondo buena; no hay que ser tan severo.

PABLO

No, esa sociedad la humilla a usted.

ELENA

Yo no soy mejor que los demás.

PABLO

Con énfasis.

No, usted no es como los demás. Acaso lo pretenda usted; pero no lo consigue.

ELENA

¿Por qué dice usted eso, Pablo? Le aseguro que soy una mujer de lo más vulgar, la esposa de mi marido y nada más.

PABLO

¡Oh, no! ¡Usted no se conoce!

ELENA

Y usted es un niño. Acabaré por creer que está usted enamorado de mí.

PABLO

Detesto esa palabra. «¡Enamorado!» Eso es tonto, vulgar. El príncipe, el teniente, pueden estar enamorados, pero yo...

ELENA

¡Perdóneme, ha sido una broma!

Coge la mano de Pablo y le envuelve en una mirada acariciante.

PABLO

Sí, es usted una mujer extraordinaria. A su lado de usted todo pierde interés y atractivo. A usted se lo puedo decir todo. He creído hasta ahora amar a Sonia, y ahora me percato de que sólo me inspira lástima... ¡Es tan insignificante...! Si supiera usted lo que me atormenta el ver que no soy para usted más que un niño...

ELENA

Soltándole la mano y hablando lentamente y con tono enigmático.

¿Está usted seguro?

PABLO

Bruscamente.

¿Qué quiere usted decir? Me hará usted creer...

STEPANOV

Acercándose.

Haces mal, Lena, en estar sentada tanto tiempo en las piedras: puedes resfriarte. ¿De qué habla usted, Pablo?

PABLO

Confuso.

De nada... de tonterías...

ELENA

Presurosa.

De lo que le molesta el príncipe... Tienes

razón, hace frío. Dame la mano. He bebido mucho, ¿sabes?

STEPANOV

Ayudándola a levantarse.

¿Quieres una taza de te?

ELENA

Sí, sí. ¡Vamos!

Se coge del brazo de su marido y se aleja, dirigiéndole a Pablo, volviendo a medias la cabeza, una mirada de despedida. Pablo la sigue con la mirada unos instantes. Luego, se quita la gorra, se seca con lentitud la frente y, el rostro iluminado por una sonrisa feliz, se queda absorto en la contemplación de las montañas, del bosque, del cielo.

CLAUDINA

Acercándose y sentándose en el sitio de Elena.

¿Le molesta a usted mi presencia?

PABLO

Como despertándose.

Me tiene sin cuidado.

CLAUDINA

Es usted muy galante. Diga, ¿por qué me tiene tan mala voluntad?

PABLO

¿Cree usted?

CLAUDINA

¿No lo he de creer? Me mira usted siempre con enojo, no puede sufrir ni mi voz. ¿Le repugno a usted?

PABLO

Groseramente.

Sí.

CLAUDINA

Con una sonrisa amarga.

¡Al menos es usted franco!

PABLO

Confuso.

¿Por qué me hace usted esas preguntas?

CLAUDINA

Por saber la verdad. Bueno, ¿qué vamos a hacerle? Hasta su grosería de usted me gusta. En el fondo es usted un buen muchacho... todavía inocente del todo...

PABLO

Que es lo que a usted le gusta más...

CLAUDINA

Riendo sin alegría.

Puede que sí... es curioso.

PABLO

¿De veras?

CLAUDINA

Y si no estuviera usted desesperadamente enamorado de Lena...

PABLO

¡No diga usted tonterías!

CLAUDINA

¡Si todo el mundo lo sabe! Además, es muy natural: usted es joven, Lena es hermosa y pintoresca. ¿Quiere usted que le dé un consejo?

PABLO

No, gracias.

CLAUDINA

Hace usted mal: conozco a las mujeres mejor que usted. A usted se le antoja un sacrilegio considerar a Lena una mujer, y, sin embargo, ella no quiere otra cosa...

PABLO

¡No tiene usted el derecho a hablar así de Lena!

CLAUDINA

...y es una pecadora como nosotras. Ama a su marido, ¿quién lo duda?; pero... es aburrido ver siempre al mismo hombre. Y usted es joven, está lleno de fuerzas intactas, de seguro no ha amado hasta ahora... Eso es precisamente lo que excita la curiosidad. Y despertar la curiosidad en una

mujer es todo. Sea usted con ella un poco más insolente, un poco más brutal...

PABLO

¡Le prohibo a usted hablar de Elena en ese tono!

CLAUDINA

Me encanta verle a usted enfadado... Pero, Pablo, hablemos en serio; las mujeres no gustan de los que las idolatran. Claro es que eso les place: pero no se entregan sino a los que las tratan con un poco de desprecio. Para recompensarle a usted su idolatría, Lena le hará la limosna de una caricia, mientras que cualquier príncipe la conseguirá toda entera...

PABLO

¡Basta, se lo ruego!

CLAUDINA

Bueno, obedezco. Cuando se enfada usted se pone muy interesante. Si fuera usted mi amante excitaría «ex-profeso» su cólera, le daría celos. Debe usted de ser muy celoso. Usted me pegaría...

PABLO

Sí, pero no por celos.

CLAUDINA

Es lo mismo. No me ha pegado nadie aún. ¡Lástima que no sea usted mi amante!

PABLO

¿Entre los hombres que conoce usted, hay alguno que no haya tenido el honor de serlo?

CLAUDINA

Usted es el único... ¡Qué mal hace usted en despreciarme así! Aunque usted lo crea, no soy peor que las demás mujeres. Lo que sucede es que soy franca y las demás disimulan. ¿Qué quiere usted? ¿Que le sea fiel a mi marido?... ¿Le ha visto usted bien?... Yo soy joven, hermosa, no creo que lo niegue usted... Tengo sed de vida, de amor, de felicidad...

PABLO

La felicidad para usted, por lo visto, está en entregarse a todo el mundo.

CLAUDINA

A que las mujeres obremos como si, en efecto, lo estuviese nos llevan ustedes los hombres, para quienes una mujer no es interesante, ni guapa, ni lista, sino cuando vive en la atmósfera del amor, fuera de la cual les parece vulgar, estúpida, desagradable.

PABLO

¿Y cómo es que los hombres pueden vivir fuera de esa atmósfera idiota?

CLAUDINA

Es muy distinto. A los hombres les soli-

citan otros mil intereses: la política, el arte, la literatura... mientras que a nosotras... Yo, por ejemplo, ¿qué quiere usted que haga junto a mi marido, que duerme tres horas después de almorzar, que se pasa las horas muertas jugando a las cartas?

PABLO

La mujer podría también encontrar ocupaciones.

CLAUDINA

¿Cuáles? ¿Hacer hijos? ¿Fregar los suelos?

PABLO

No, hay otras cosas en que ocuparse.

CLAUDINA

No, querido Pablo: he frecuentado la Universidad, he tomado parte en las reuniones de estudiantes. ¡Pura comedia! Para un hombre tienen estas cosas la atracción de un mundo creado por él, mientras que para nosotras... El dedicarse a ellas requiere las fuerzas del hombre, su inteligencia, su carácter. Imitando al hombre nos ponemos, sin poderlo evitar, en ridículo. La mujer, hasta ahora, no ha hecho nada grande. Tal vez dentro de trescientos años...

PABLO

Por ahora, más vale a mi juicio, que se

ocupe en fregar los suelos que no que se entregue a los amoríos.

CLAUDINA

¡Qué bonita estaría yo rodilla en mano!

PABLO

Más bonita, quizá, que ahora.

CLAUDINA

Entonces le volvería a usted loco nuestra cocinera, que friega los suelos muy bien. Por otra parte, Lena, su ídolo de usted, tampoco ha hecho nada en su vida. Pero dejemos eso. Míreme usted. Míreme bien.

PABLO

Bueno, ya la miro.

CLAUDINA

¿Y no ve usted nada?

PABLO

Que es usted muy guapa. Nada más.

CLAUDINA

¡Qué tonto es usted, querido! ¡Tonto de remate! Estoy tan indignada, que me lanzaría a su cuello de usted.

PABLO

¿Por qué?

CLAUDINA

Por gusto de probarle que toda su palabrería es una tontuna, sacada de los libros, y que solo necesita usted una cosa: una

mujer guapa. ¡Oh, qué feliz sería yo si pudiera probárselo!

PABLO

Usted trata, sencillamente, de asombrarme con su cinismo; pero no lo conseguirá.

CLAUDINA

Inclinándose hacia él.

No, no trato de asombrar a nadie, pero... es un capricho. Mañana por la tarde mi marido estará en el club y me quedaré sola en casa. ¡Venga usted! Tengo un peinador rojo y muy transparente, que me sienta muy bien. Venga, le espero.

PABLO

No, no iré.

CLAUDINA

¿No?

PABLO

No.

CLAUDINA

Inclinándose más hacia él y mirándole a los ojos con mirada hipnotizadora.

¡Vendrá usted!

PABLO

Turbado.

¿Que iré?

ELENA

Que se acerca con Sonia, a quien lleva abrazada por la cintura.

¿Siguen ustedes riñendo?

SONIA

Pablo está insoportable.

PABLO

¡Si usted supiera la proposición que me ha hecho!

ELENA

¡Claudina!

PABLO

¡Es un asco!

Se va.

SONIA

Le sigue ansiosa.

¿Qué ha pasado?

PABLO

Nada. Usted es todavía una niña y no conoce la vida; pero, cuando la conozca, será como las demás mujeres.

SONIA

Con voz llorosa.

No comprendo... aquí ocurre algo extraño...

Pasan a segundo término, donde están sentados en una enorme piedra, fumando, el teniente y el príncipe.

ELENA

Eso está muy mal, Claudina.

CLAUDINA

¿El qué?

ELENA

Al menos a Pablo debías dejarle tranquilo.

CLAUDINA

¿Tienes celos?

ELENA

¿Celos de quién? ¿De tí? ¿De Pablo? ¡Tú estás loca!

CLAUDINA

¡Claro, yo estoy loca, soy una perversa, y las demás sois unos ángeles de pureza! Pues, dejadme en paz. No te hagas la inocente, que te conozco. Puedes engañar a tus enamorados, pero a mí no.

ELENA

¡Estás verdaderamente loca!

GAGARIN

Acercándose con un plato en la mano.

¿No tienes apetito, querida?

CLAUDINA

Rechazando el plato, que cae al suelo.

¡Dejadme en paz todos! Me dais asco.

Pasa a segundo término y se sienta junto al precipicio.

GAGARIN

Pero Claudinita... ¿Qué le pasa? ¡Está tan nerviosa hace unos días! Cuando le digo que se cuide, se enfada. Temo que se despeñe... Me hará perder la cabeza.

MALININ

Como buen marido, debías darle una paliza. Eso la curaría en seguida.

Claudina se rie.

GAGARIN

Te ruego que hables con más respeto de mi mujer.

MALININ

Hombre, es una broma.

GAGARIN

No admito semejantes bromas. Debes pedirle perdón a Claudina. Claudina es una mujer excelente, un dechado de perfecciones, y no le permitiré a nadie...

STEPANOV

El señor Malinin no ha dicho nada ofensivo de su mujer de usted. Cálmese.

SONIA

Junto al precipicio,

¡Miren ustedes! ¡La luna!

ELENA

¡Qué encanto!

DOCTOR

Sí, un encanto, pero mis enfermos me esperan. Verdaderamente, soy un sinvergüenza.

SONIA

No piense en sus enfermos. También yo soy una enferma. Hágase cuenta de que en calidad de médico está usted a mi lado. Mire qué bonito. En Ukrania esta noche, se encienden hogueras en el campo...

STEPANOV

¿Por qué no encendemos nosotros una? En las noches de luna son un espectáculo muy poético...

ELENA

Es verdad... Encendamos una hoguera, ¡vamos!

SONIA

Muy contenta.

Sí, ¡verán ustedes qué bonito! Pablo, saltaremos por encima del fuego... como en Ukrania.

ELENA

¿Saltará usted también, teniente?

EL TENIENTE

Por usted sería yo capaz, no ya de saltar por encima de la hoguera, sino de arrojarme al fuego.

ELENA

Se le coge del brazo y se aprieta un instante contra él.

¿De veras? No sabía yo que era usted tan caballeresco. Y usted, príncipe, ¿sería capaz de arrojarse al fuego por mí? ¡Arrojémonos y muramos!

EL PRINCIPE

¿Juntos?

ELENA

¡Claro!

EL PRINCIPE

Estoy dispuesto.

PABLO

¿Qué ha de estarlo usted?

EL PRINCIPE

Tal vez no me arroje yo al fuego, pero podría arrojar a alguien.

PABLO

¡Caramba, es usted terrible!

EL PRINCIPE

Terrible o no, si no se calla usted...

PABLO

¿Qué?

STEPANOV

Interponiéndose, con tono imperioso.

¿Quieren ustedes poner fin a sus riñas?

El príncipe se encoge de hombros y se aleja. Pablo, furioso, apretando los puños, le sigue con la mirada.

PABLO

¡Qué imbécil!

STEPANOV

Tiene usted la culpa: no le ha dejado usted tranquilo en todo el día. ¿Qué mosca le ha picado a usted hoy?

CLAUDINA

Desde lejos, con ironía mordaz.

¡Tiene celos!

ELENA

Presurosa.

Bueno, señores, ¿vamos a ver la cascada o no?

STEPANOV

Friamente.

A mí me es igual.

EL TENIENTE

Sí, vamos. La cascada, a la luz de la luna, debe de ser una cosa fantástica. ¿Viene usted, Claudina?

CLAUDINA

¡Claro! Usted será mi caballero.

Se levanta y se acerca a él.

EL TENIENTE

¡Encantado!

El teniente se va con Claudina, y Pablo con Sonia. El Príncipe espera.

ELENA

A su marido, de un modo hipócrita.

¿Y tú, no vienes?

STEPANOV

Sí.

El Príncipe se va.

ELENA

Mimosa.

¿Estás de mal humor?

STEPANOV

No te preocupes.

ELENA

¿Estás enfadado conmigo?

STEPANOV

¡No, mujer!

ELENA

No te enfades, que empiezo a llorar.

STEPANOV

No puede uno enfadarse contigo: eres una niña.

ELENA

Y una niña muy linda, ¿verdad?

STEPANOV

En efecto, lo estás hoy mucho. ¡Y eres tan coqueta, Lenita! Te gusta ser cortejada.

ELENA

Me divierte. (*Mirándole con coquetería.*) ¿Con que estoy hoy muy linda? ¿Y, sin embargo, no me abrazas?

Stepanov le oprime apasionadamente el brazo. Ella le mira de alto abajo, riendo con una suave risa. Se van. Sólo quedan en escena el doctor, Malinin y Gagarin, los dos primeros sentados en el tronco yacente de un árbol.

GAGARIN

Al doctor.

¿Y usted no vá?

EL DOCTOR

¿Para qué? Me sé de memoria la cascada. Llevo cuarenta años admirando la naturaleza...

GAGARIN

¡Qué viejos somos!... Y tú, Malinin, ¿por qué estás tan triste?

MALININ

Me exaspera este ambiente de sensualidad que nos rodea. Esa señora Stepanov..,

EL DOCTOR

Toda mujer lleva consigo ese ambiente de sensualidad. Es una ley natural.

MALININ

Usted mismo está un poco enamorado de Elena.

EL DOCTOR

No, yo soy muy viejo para eso. Además soy realista: toda mujer guapa tiene para mí una especie de magnetismo; pero ninguna me enamora.

MALININ

No entiendo a las mujeres; los hombres les hacen la corte a las mujeres que les gustan, mientras que las mujeres se complacen en enamorar hasta a los hombres que no les inspiran ningún interés. Las halaga ser deseadas y hacen todo cuanto les es dable para despertar el deseo en sus admiradores.

EL DOCTOR

¿Y qué quiere usted? No tienen más que el cuerpo. Su cuerpo es su razón de ser. La mujer que tiene unos hermosos hombros, los enseña siempre que puede. Yo he conocido a una señora de sesenta años que se vanagloriaba de la blancura y la tersura de su espalda.

MALININ

Y nosotros somos tan bestias, que buscamos mujeres sublimes. Como don Quijote, transformamos en nuestra imaginación en Dulcineas a las mujeres vulgares. Ponemos a sus plantas nuestra sensibilidad y nuestra inteligencia, que les tienen completamente sin cuidado. La mujer solo vive una vida corporal, sensual, y se ríe de nuestros tesoros espirituales...

GAGARIN

Dicen ustedes cosas terribles. Apesar de ser hombres cultos, hablan ustedes de la mujer como salvajes. Yo me he casado tres veces. Mi primera mujer me abandonó, la segunda se marchó con un ingeniero...

MALININ

Pues es lo mismo...

GAGARIN

No insistamos. Solo quiero decir que a pesar de eso amo y respeto a la mujer, porque endulza la vida y pone en ella algo noble y poético.

EL DOCTOR

¡Déjese de bromas!

GAGARIN

Hablo seriamente. La mujer es un instrumento admirable, extremadamente sensible,

en el que se puede tocar todo lo que se quiera. Naturalmente, un Bethoven puede arrancarle al piano acordes maravillosos mientras que un aporrea teclas cualquiera malditos los milagros que puede hacer en él. Pues bien, nosotros, pianistas de esta última categoría, no sabemos tocar y le echamos la culpa al piano. Somos nosotros, amigos míos, quienes estropeamos el prodigioso instrumento que es la mujer, y luego nos llamamos a engaño.

MALININ

¿Crees, pues, que eres tú quien has estropeado a tu mujer?

GAGARIN

¡Claro que sí! Soy viejo, estúpido, sólo me interesan el «vodka», mis ocupaciones y las cartas, mientras que Claudina... Yo debía hace mucho tiempo haberme apartado de su camino y, no obstante, sigo pegado a ella y la impido vivir. Soy como un reptil que devora una rosa. No es extraño que la pobre tenga mal genio. La compadezco con toda mi alma. Me ha dado su belleza, su juventud, y yo no puedo darle nada.

MALININ

Eso es verdad. No puedes darle nada.

Se oyen en el bosque voces y risas.

GAGARIN

¿Oyen ustedes la voz de Sonia? Parece una música...

MALININ

Sí, pero cuando se case, se convertirá en una mujer vulgar, como las demás. Todas las muchachas parecen princesas, pero nunca llegan a reinas.

GAGARIN

¿Y entre los hombres hay muchos reyes? ¡Más vale no hablar de eso!

Se oye la voz de Sonia que llama.

GAGARIN

Saliendo a su encuentro.

¡Vamos!

Se aleja.

MALININ

¡Qué admirable marido! Su mujer tiene más amantes que cabellos él en la cabeza, todo el mundo se burla de él, y el imbécil la adora y no duda de su virtud.

EL DOCTOR

¿Es posible que no sospeche nada?

MALININ

¡Absolutamente nada! No se enterará nunca. Aunque tuviera pruebas no lo creería. Cuando yo estaba en relaciones íntimas con su mujer y faltaba a una cita, ella le armaba al pobre un escándalo terrible. El,

entonces, me suplicaba que la persuadiese de que debía cuidarse los nervios. Me era muy violento engañarle, pues es un hombre excelente, un corazón de oro; pero esa maldita mujer me había amenazado con suicidarse si rompía con ella. De modo que, por lástima al marido, prolongaba a mi pesar las relaciones con la mujer. La condenada casi no disimulaba y no concibo como Gagarin no lo advirtió.

EL DOCTOR

Porque es un imbécil.

MALININ

No lo crea usted. Hay muchos hombres de talento, dotados de un notable don de observación, a quienes sus mujeres engañan como a criaturas. Las mujeres dominan el arte de mentir. Hay una manera de mentir especial, propia de las mujeres. Un hombre no podría nunca mentir así. La mujer no miente sólo con la palabra: miente con todo su ser. Cuando un hombre deja de amar, exterioriza involuntariamente su indiferencia, pero una mujer... ¡momento después de separarse del amante y como si estuviera aún entregada a sus efusiones con él, es toda ternura para el marido! Por otra parte, al hombre menos virtuoso le da

vergüenza mentir, lo que le impide mentir bien, y la mujer, en cambio, considera, sinceramente, la mentira un derecho, tiene la convicción de que no sólo no la humilla, sino que la hace más interesante. Le pregunté una vez a una mujer casada, con la que tenía un amorío, si su marido no sospechaba nada, y ¿sabe usted lo que me contestó?

EL DOCTOR

¿Qué?

MALININ

Que su marido la conocía demasiado para suponerla capaz de una infidelidad. Y me lo dijo con un tono muy digno, como si yo la hubiera ofendido.

El doctor se ríe.

GAGARIN

Volviendo.

Aquí están todos.

Todos llegan, Delante de ellos viene Sonia, llena de entusiasmo.

SONIA

¡Músicos, músicos! Vamos a bailar.

EL TENIENTE

Elena, nos ha prometido usted bailar con el príncipe la «lezguinka».

EL PRINCIPE

¿Quiere usted?

SONIA

Aplaudiendo alegremente.

Querida Elena, bailará usted, ¿verdad?

ELENA

Hace mucho tiempo que no bailo... se me habrá olvidado.

Todos le ruegan.

EL TENIENTE

¡Lo ha prometido usted!

STEPANOV

¿Por qué no quieres?

CLAUDINA

¡No hagas dengues!

ELENA

Bueno, si ustedes se empeñan... Teniente, tome mi sombrero.

Tres músicos georgianos, harapientos, se sientan junto al despeñadero. El príncipe les dice algo en voz baja, se adelanta hasta el centro del claro y les hace una señal. Empiezan a tocar una música salvaje. Elena y el príncipe bailan. Todos palmotean al compás de la música. La escena está sumida en la oscuridad. Gagarin enciende dos velas y las tiene en alto.

TODOS

¡Bravo! ¡Bravo!

Elena, jadeante, cesa de bailar y, de un modo inconsciente, se reclina en el príncipe, que la sostiene casi abrazándola.

ELENA

Con una sonrisa confusa y vaga.

¡Estoy muy cansada!

TODOS

¡Bravo! ¡Bravo!

STEPANOV

A Elena, muy quedo.

¡Mujer!

Elena se estremece, se separa del príncipe y, como empequeñecida de pronto, casi como anulada, coge su sombrero y se aproxima á Stepanov.

ACTO SEGUNDO

Todas las ventanas del chalet *están iluminadas y la puerta que da a la terraza abierta de par en par. Siluetas, voces, risas, sonido de piano. Ante la terraza, en el jardín, una gran mesa sin quitar aún, donde se ha servido la cena. En torno sillas en desorden. Encima, un gran quinqué sin pantalla. No lejos, bajo los árboles, un banco y un sillón de mimbre.*

Pablo baja presuroso al jardín. Elena le sigue, con marcada expresión de inquietud. Aparece Sonia en la terraza y se detiene en el escalón superior desde donde observa a Pablo.

ELENA

¡No me ha entendido usted, Pablo! No quiero que se vaya usted... Lamento, tan sólo, lo ocurrido... de lo que me considero culpable.

PABLO

¿Por qué?

ELENA

Sí, he tenido yo la culpa. Y temo que no pare ahi todo y suceda algo terrible entre usted y el príncipe. ¡Dios mío, si yo hubiera podido prever...! ¿Verdad que tengo yo la culpa? ¡Soy de una ligereza...!

PABLO

No se inquiete usted. No pasará nada. Me iré y se acabó.

ELENA

Cogiéndole una mano.

¿Pero no está usted enfadado conmigo?

PABLO

No tengo derecho. Además, quien es responsable de lo sucedido soy yo, que debí contenerme.

ELENA

¿De veras que no está usted enfadado?

Le mira a los ojos, acercándose mucho a él.

PABLO

Creo que le es a usted lo mismo.

ELENA

¡Perdón, amigo mío! Sí, he tenido yo la culpa: debí figurarme como acabaría lo que —¡se lo juro a usted!—no creí nunca que fuese tan serio.

PABLO

Yo tampoco... En fin, son tonterías...

ELENA

¿Pero volveremos a vernos, Pablo? ¿Me visitará usted en Kharkov?

PABLO

Con voz sorda.

Más me valdría no volverme a encontrar con usted.

ELENA

¿Por qué?

PABLO

Porque... porque ¡me hace usted sufrir tanto!...

ELENA

¡Le quiero a usted mucho, Pablo!

PABLO

Sí... como a un juguete que la divierte.

ELENA

Nada de eso, amigo mío. Me juzga usted mal...

PABLO

¿Cómo voy a hacerme la ilusión... de que soy algo para usted?

ELENA

¡Si supiera usted, Pablo, qué extraño y salvaje ser soy...! A veces ni yo misma me entiendo. No se me ocnltaba lo imprudente de mi conducta y, sin embargo... Ahora mismo le veo a usted enojado conmigo, me reconozco culpable de todo, comprendo

que debíamos acabar de una vez y, no obstante... no sé... quisiera prodigarle a usted mis caricias...

Estrecha la mano de Pablo contra su mejilla y le mira a los ojos con una expresión enigmática.

SONIA

Bajando presurosa.

¡Elena, la llaman a usted!

ELENA

Soltando la mano de Pablo.

¿Quién?

SONIA

Todos... Pablo, quiero hablar con usted.

ELENA

Hipócritamente.

No puedo calmarle. A ver si usted, querida Sonia, lo consigue. Usted ejerce sobre él una gran influencia.

SONIA

Con frialdad.

No tanta como usted.

ELENA

¿De veras? Voy a probar. *(Se ríe de un modo afectado.)* ¿Es verdad, Pablo, que ejerzo sobre usted una gran influencia?

SONIA

¡La esperan a usted, Elena!

ELENA

Voy en seguida. No está usted enfadado, ¿eh? Irá usted a verme en Kharkov... Le espero. ¡Hasta la vista!

Le estrecha la mano y se vá.

SONIA

¿No se avergüenza usted, Pablo?

PABLO

¿De qué?

SONIA

¿No se dá usted cuenta de que está jugando con usted?

PABLO

¡Vamos, Sonia! Es usted aún muy niña para comprender...

SONIA

Con las lágrimas en los ojos.

¡Lo comprendo todo! No soy ya una niña, soy una mujer. No es un secreto para mí que flirtea con usted, con el príncipe, con el teniente. Su único deseo es que todos se enamoren de ella. Y me dá una pena que usted...

PABLO

Confuso.

Se engaña usted. Yo veo claro en todo eso y no lo tomo en serio. Son tonterías, nada más que tonterías...

SONIA

¿De veras?

PABLO

Naturalmente. No crea usted que estoy enamorado de ella... Ser rival del príncipe no tiene nada de halagüeño y renuncio a tan gran honor...

SONIA

¿Qué ha pasado entre usted y el Príncipe?

PABLO

Nada, tonterías. Molestándome que semejante idiota pudiera interesarle a una mujer como Elena, le he dicho una impertinencia, me ha contestado una grosería, le he amenazado con romperle las muelas, ha sacado un puñal y ha intentado herirme. Tonterías...

SONIA

¡Pablo, usted la ama!

PABLO

Yo no amo a nadie... Sencillamente, me fastidio. Mañana se irá y se acabará todo.

SONIA

Tristemente.

¡Usted la ama, Pablo!

PABLO

Enojado.

No diga usted tonterías, Sonia. Su insis-

tencia empieza a aburrirme. Además, el que yo la ame o no la ame no creo que a usted...

SONIA

¡Pablo!

PABLO

Avergonzado.

¡Perdóneme usted, querida Sonia! No he sabido lo que me he dicho. No llore usted... Le repito que no hay tal amor. No llore, Sonia, se lo ruego ¡Dios mío, qué fastidio! Y por si esto es poco, Claudina no me deja ni a sol ni a sombra. ¡Es preciso acabar de una vez! ¡Sonia, hasta la vista!

SONIA

¡Hasta la vista!

PABLO

¿Pero por qué ese llanto?

Hace un ademán desesperado y se va.

SONIA

¡Pablo!

Pablo no la oye. Sonia se dirige tristemente a la casa, se detiene junto a la mesa y se queda abstraida. Bajan de la terraza Malinin y el doctor.

MALININ

¿En qué piensa usted, Sonia?

SONIA

En nada...

El doctor se escancia vino y se sienta. Malinin se sienta junto a él.

EL DOCTOR

Alguien ha perdido el pañuelo,

Recoge del suelo un pañuelo y lo tira encima del banco.

MALININ

Es de Elena.

EL DOCTOR

¡Qué enojosa historia! Si no se fuera Elena, esto acabaría en tragedia.

MALININ

¡Pobre Pablo! *(Acordándose de la presencia de Sonia y volviéndose a ella.)* Sonia, ¿una gotita de vino del Cáucaso?

SONIA

No, gracias,.. Me voy.

MALININ

¿Tan pronto?

SONIA

Son ya más de las doce.

EL DOCTOR

Debía usted estar ya acostada, sobre todo habiendo empezado otra vez a toser. Tiene usted que cuidarse. ¡A la cama, a la cama!

SONIA

Sí, me voy.

Saluda y se dirige a la casa. En la terraza se cruza con Elena y Claudina, que salen hablando por lo bajo, y a quienes siguen Stepanov, Gagarin, el príncipe y el teniente.

ELENA

¿Se retira usted ya, Sonia?

SONIA

Sí; me duele la cabeza.

ELENA

¡Pobrecita! Buenas noches.

Intenta abrazarla, pero Sonia finge no advertirlo y penetra en la casa.

GAGARIN

Ahora un café caliente y a dormir. La marcha es a las diez, Elena, y debe usted descansar antes del viaje.

ELENA

Será inútil que me acueste: en víspera de viaje no puedo dormir.

CLAUDINA

A Elena.

Debes hablarle... *(Al príncipe, ya en el jardín.)* Príncipe, tenga la bondad, Elena quiere decirle a usted una cosa...

EL PRINCIPE

A sus órdenes de usted, Elena.

CLAUDINA

El teniente y yo vamos a dar un paseito... ¡Qué cosa más rara, teniente! El misterio de las arboledas despierta en mí una sed de besos...

EL TENIENTE

A sus órdenes de usted, Claudina.

Claudina, riendo, se coge del brazo del teniente.

GAGARIN

¡Claudinita, vas a resfriarte!

MALININ

No tengas cuidado...

Malinin y Stepanov se acercan a la mesa, Stepanov mira de reojo a su mujer y al Príncipe, que se han detenido junto a la escalinata.

ELENA

No hace mucho que me ha dicho usted que está dispuesto a obedecerme en todo...

EL PRINCIPE

No tiene usted más que mandar.

ELENA

Bueno, le mando que dé por concluída su estúpida cuestión con Pablo.

EL PRINCIPE

Es mandar demasiado, Elena. El mocito ese se ha permitido insultarme delante de gente. Yo no soy de los que se dejan insul-

tar sin imponer un correctivo. ¡Me pide usted un imposible!

ELENA

He aquí una ocasión de demostrar que no hay imposibles para usted, tratándose de mí.

EL PRINCIPE

¿Cuál sería la recompensa?

ELENA

Ya veríamos.

EL PRINCIPE

¿Y si yo, a mi vez, le pidiese a usted un imposible?

ELENA

Con coquetería.

Espero que no será usted demasiado exigente.

EL PRINCIPE

No puedo darle a usted palabra. Ha de saber usted que yo nunca hago nada gratis, sobre todo por las mujeres.

ELENA

Me asusta usted... ¿Pero hará lo que le he pedido?

EL PRINCIPE

Si se empeña usted, obedezco. Pero tendrá usted que pagarme, ¿sabe?

ELENA

¡Es usted implacable!

EL PRINCIPE

Es preciso... sobre todo con las mujeres...

Elena se ríe. El Príncipe le besa la mano.

STEPANOV

Lenita, ¿se te ha olvidado el café?

ELENA

Acercándose a la mesa.

Nos lo servirán en el comedor. Aquí empieza a ser excesiva la humedad.

EL DOCTOR

Sí, las noches son frescas ahora.

GAGARIN

¿Pero dónde está Claudina? *(Gritando.)* ¡Claudina!

MALININ

Más fuerte.

GAGARIN

¿Crees que han ido muy lejos?

MALININ

Riéndose.

¡Hombre, yo no sé si habrán ido muy lejos!

STEPANOV

No tenga cuidado, señor Gagarin. Estarán paseándose por el camino a la luz de la luna.

ELENA

Vamos también nosotros. Me gusta, las noches de luna, pasear por el camino.

STEPANOV

Sí, vamos, hay que despedirse del Cáucaso. Mañana volvemos a la ciudad con todas sus molestias y todas sus tristezas.

EL DOCTOR

Yo me quedo aquí. El camino, la luna, toda esa pretendida poesía me la sé de memoria. Me beberé tranquilamente un vaso de vino.

EL PRINCIPE

A Elena.

¿Puedo ofrecerle a usted mi brazo?

ELENA

Lo acepto (*se le coge del brazo.)* ¡En marcha, señores!

Se alejan. El doctor, solo, bebe; luego coge del banco el pañuelo de Elena, aspira un momento su fragancia y lo tira furioso al suelo.

EL DOCTOR

¡Cuanto más viejo me hago, me hago más estúpido!... ¡Maldita mujer!

Claudina y el teniente vuelven de su paseo, ella con el cabello un poco en desorden, él visiblemente confuso.

Claudina se deja caer en un sillón y empieza a alisarse el cabello. El teniente se sirve medio vaso de vino.

CLAUDINA

¿Dónde están nuestros amigos?

EL DOCTOR

Paseándose por el camino. ¿Y ustedes dónde estaban? Su marido de usted temía que habieran ido ustedes demasiado lejos. *(Claudina ríe, derribada hacia atrás la cabeza. El teniente finge no haber oído y abre la petaca ruidosamente.)* ¿Qué? ¿Les ha gustado el paseito?

EL TENIENTE

¡A mí me ha encantado!

CLAUDINA

Riendo.

¡Ya lo creo!

EL TENIENTE

¿Se ha ido también Elena?

CLAUDINA

¡Teniente, por Dios! Al menos esta noche podía usted no hablar de Elena.

EL TENIENTE

¡Perdón!

CLAUDINA

¿Y mi Otelo?

EL DOCTOR

¡Oh, señora, si fuera un Otelo su inofensivo esposo de usted...!

CLAUDINA

¡Qué mala lengua tiene usted, doctor! ¡Estoy despeinadísima! ¡Es usted tremendo, teniente!

EL TENIENTE

Señora, un poco de indulgencia...

CLAUDINA

Voy a arreglarme un poco, no vayan a creer que, en efecto, no hemos sido formales.

Corre, riendo, a la casa.

EL DOCTOR

Al teniente.

¿Qué tal?

EL TENIENTE

¿Cómo?

EL DOCTOR

No se haga usted el inocente: todos sabemos lo que es eso. Claudina tiene un corazón como una casa.

EL TENIENTE

Riendo y dándole palmaditas en el hombro al doctor.

¿Con que usted también...?

EL DOCTOR

Friamente.

No me gustan esas familiaridades, señor.

EL TENIENTE

¡Ah!...

CLAUDINA

Desde la terraza.

¡Señores, el café está servido! Teniente, venga usted.

EL TENIENTE

Voy.

Se va. El doctor silba irónicamente. Los demás vuelven de su paseo.

EL DOCTOR

¿Qué tal?

STEPANOV

Delicioso. Ha hecho usted mal en no acompañarnos.

ELENA

¿Está el café servido?

EL DOCTOR

Sí, Claudina acaba de llamarnos.

GAGARIN

¡Ah! ¿Ha vuelto ya Claudina?

STEPANOV

Vamos al comedor.

ELENA

Vayan ustedes, ya voy yo.

Entran todos en la casa menos Elena y el doctor.

ELENA

¿Ha visto usted por aquí mi pañuelo, doctor?

EL DOCTOR

Agachándose y cogiendo el pañuelo.

¡Aquí lo tiene usted!

ELENA

Gracias. ¿Cómo es que estaba en el suelo?

EL DOCTOR

Lo había tirado yo.

ELENA

¿Usted? ¿Por qué?

EL DOCTOR

Iba a besarlo, pero lo pensé mejor y lo tiré.

ELENA

Asombrada.

¿Por qué? ¿No le gusta a usted ese perfume?

EL DOCTOR

No entiendo de perfumería. He tirado el pañuelo sencillamente porque huele a usted.

ELENA

Guardándose el pañuelo.

¿Por que huele a mí? No comprendo...

EL DOCTOR

Siéntese usted un momentito. Quisiera que hablásemos un poco antes de separarnos.

ELENA

Sentándose.

Estoy a su disposición. Diga usted...

EL DOCTOR

Encendiendo el cigarro y con los ojos bajos.

Soy un hombre, Elena, cuya vida toca ya a su término... Lo que voy a decirle es estúpido en grado sumo, pero... *(Tras una larga pausa.)* ¡Elena, la amo a usted!

ELENA

¿Usted?

EL DOCTOR

Sí, yo. ¿Le hace a usted reir? A mí también. Y, sin embargo, le aseguro que el amor de un pobre viejo como yo no es para tomado a risa. *(Pausa.)* Escuche. Quizá no volvamos a vernos... ¿Quiere usted decirme lo que la movió... ya sabe usted cuando... a darme motivo para que creyese...

No termina.

ELENA

Fué un capricho.

Se dispone a levantarse.

EL DOCTOR

Espere un momento. Fué un capricho, ¿verdad? Y yo fuí tan imbécil que me hice la ilusión... Ahora lo comprendo: tuvo usted lástima de mi, como de un hombre solitario, sin nadie en el mundo. Le conté a usted mi triste vida, mi desolación, mis sufrimientos y me compadeció usted. Las mujeres saben muy bien compadecer, pero saben no menos bien olvidar. Me manifestó usted un poco de afecto, como a un perro errante, pero cuando el perro, meneando la cola, quiso seguirla a usted, usted empezó a encontrar su adhesión enojosa.

ELENA

¡También usted me acusa, Dios mío!

EL DOCTOR

¿Qué interés podía yo inspirarle a usted para que se complaciese en verme a sus plantas a mí también? ¿Qué conseguía usted con eso? ¿No pensó usted que era un poco... cruel?

ELENA

No hubo intención en mí...

EL DOCTOR

Quizá. Quizá obrase usted inconscientemente, como un gato que hace juguete de cuanto cae bajo su zarpa; pero en el momento a que aludo, cuando usted...

ELENA

Levantándose impaciente.

No fué más que lástima. Debió usted comprenderlo y no atribuirle importancia a lo que no tenía ninguna.

EL DOCTOR

¿Y ahora no le inspiro a usted ya lástima?

ELENA

Fingiendo no haber oído la pregunta.

Me hallaba en un estado de ánimo especial.

EL DOCTOR

Y ahora es otro su estado de ánimo. ¿Qué vamos a hacerle? Ya sabía yo que sería inútil esta conversación. Hasta la vista, Elena.

ELENA

¡Hasta la vista!

EL DOCTOR

¡Ah, se me olvidaba!... ¿Sabe usted que Claudina acaba de tener un desliz con el oficial?

ELENA

¿Es posible? ¡Qué horror! ¡Pobre Gagarin!

EL DOCTOR

Es un imbécil. Todos somos unos imbéciles. ¡Hasta la vista! *(Con una sonrisa amarga.)* ¿Me permite usted besarle la mano?

Se la coge y acerca a ella los labios.

ELENA

¿Para qué?

EL DOCTOR

Soltándole la mano.

¿Le molesta a usted? ¿Qué vamos a hacerle? ¡Hasta la vista!

Se aleja lentamente. Elena se queda cabizbaja, abstraída. El teniente, poco después, sale de la casa y desciende al jardín en silencio.

EL TENIENTE

Ya junto a Elena.

¿En qué piensa usted, señora?

ELENA

Estremeciéndose.

¿Qué?

EL TENIENTE

¿Se ha ido el doctor?... ¿Qué le ha dicho a usted?

ELENA

Pasándose una mano por la frente.

Nada... ¡Pobrecillo!

EL TENIENTE

Es un hombre desagradable y mal educado. *(Pausa.)* ¿Con que nos deja usted mañana?

ELENA

Con una sonrisa malévola.

Pero Claudina se queda.

EL TENIENTE

Por mi parte, aunque se marchase ahora mismo...

ELENA

Es usted un ingrato. Creo que no tiene usted derecho a hablar de Claudina en ese tono.

EL TENIENTE

Dominando su turbación y con insolencia.

¡Yo creo que sí!

ELENA

¿Cree usted que sí? Lo siento por usted. ¿Habla usted en el mismo tono de todas las mujeres con quienes está usted... en relaciones?

EL TENIENTE

¡Hay mujeres y mujeres, Elena! Dice usted que soy un ingrato... Sí, en efecto, hu-

biera pasado algo entre Claudina y yo, no tendría yo por qué agradecerlo... Se trata de una fortaleza que se rinde sin combatir.

ELENA

Burlona.

Así es que si yo hubiera depuesto la actitud de intransigencia que tanto le desesperaba a usted y hubiera cedido a sus súplicas, usted hubiera hablado de mí tan despectivamente como de Claudina...

EL TENIENTE

¡Por Dios! ¡Usted y ella!

ELENA

¿Qué diferencia hay? Una y otra somos mujeres.

EL TENIENTE

Usted es encantadora, única... Si fuera un poco más humana...

ELENA

Me guardaré de serlo, escarmentada en la cabeza de esa pobre Claudina...

EL TENIENTE

No hablemos más de ella. No es lo mismo.

ELENA

¿Por qué?

EL TENIENTE

¡Porque la amo a usted!

ELENA

Burlándose.

¿De veras?

EL TENIENTE

¿Puede usted dudarlo? ¡Diosa mía!

ELENA

Dándole en la mano unos golpecitos con la punta de los dedos.

¡Está usted borracho!

EL TENIENTE

¡De usted!

ELENA

Con severidad.

No, de vino o de «vodka».

EL TENIENTE

¡Qué cruel es usted!

ELENA

¡Y usted qué estúpido!

EL TENIENTE

Ofendido.

Me insulta usted, Elena. ¿Sabe usted lo que se hace con las mujeres cuando insultan?

ELENA

¿Se las abraza? ¡Atrévase!

EL TENIENTE

Retrocediendo y con voz colérica.

¿Ha estado usted burlándose de mí?

ELENA

¿No lo ha comprendido usted hasta ahora?

EL TENIENTE

¡Muy bien! Lo tendré en cuenta.

ELENA

Como usted quiera. Vamos al comedor; hace frío.

EL TENIENTE

No será sin que antes...

ELENA

El príncipe viene a buscarnos.

El teniente retrocede. Elena se rie.

EL PRINCIPE

Bajando de la terraza.

¡Nos ha olvidado usted, Elena!

ELENA

El teniente que me está contando chascarrillos.

EL PRINCIPE

No sabía yo que el teniente fuese un humorista.

EL TENIENTE

No, quien es humorista es Elena. *(Elena se rie.)* Ya nos reiremos todos.

EL PRINCIPE

Fria y pausadamente.

Usted me parece que no se reirá.

EL TENIENTE

Ya veremos.

EL PRINCIPE

Amenazador.

Sí, ya veremos. Y ahora, adiós: le espera a usted Claudina.

EL TENIENTE

Furioso.

Le cedo a usted el puesto... y el honor.

EL PRINCIPE

¿Qué?

EL TENIENTE

Nada.

Riendo provocativamente, con la cabeza muy erguida, se dirige a la casa.

EL PRINCIPE

¿Qué le ha pasado a usted con él? Ya sabe que estoy a sus órdenes.

ELENA

Ya lo sé. *(El príncipe, después de mirar alrededor, la estrecha bruscamente entre sus brazos.)* ¿Qué hace usted? ¿Se ha vuelto usted loco?

EL PRINCIPE

Con voz ahogada.

¡Sí, me he vuelto loco! ¡Un beso, un beso!

Intenta besarla en la boca.

STEPANOV

Desde el vestíbulo.

¡Lena! ¿Estás ahí?

Aparece en la terraza casi en el mismo instante en que el príncipe, soltando a Elena, retrocede. Elena en el primer momento no puede disimular su turbación. Por fin se recobra y se dirige presurosa al encuentro de su marido, que baja de la terraza.

ELENA

A Stepanov.

Sí, aquí estoy... El príncipe estaba despidiéndose.

STEPANOV

¿Se vá usted ya, príncipe? ¿Y el café?

EL PRINCIPE

Gracias. Es muy tarde.

Un silencio embarazoso. Stepanov mira alternativamente a su mujer y al Príncipe.

ELENA

¿Qué noticia dirás que me acaba de dar el príncipe?... Claudina ha tenido un desliz con el teniente, mientras nosotros paseábamos por el camino. *(Stepanov calla.)* ¡Qué gracia me hace esa Claudina!

STEPANOV

Lentamente.

¿Te hace gracia?

EL PRINCIPE

Tratando de disimular su azoramiento.

A mí más bien me la hace el marido.

STEPANOV

Claro... *(Dominándose.)* Puede que sean habladurías. ¿Con que se vá usted, príncipe?

EL PRINCIPE

Sí, es muy tarde. Buenas noches y buen viaje.

ELENA

¿No vendrá usted a la estación?

EL PRINCIPE

No sé si podré. De todos modos, me despido hasta Kharkov, adonde iré pronto y donde, si ustedes me lo permiten...

ELENA

¡Naturalmente! Tendremos mucho gusto en verle.

EL PRINCIPE

Gracias. No faltaré. Buenas noches.

ELENA

¡Hasta la vista!

El Príncipe besa galantemente la mano de Elena, estrecha con fría cortesía la de Stepanov y se vá. Tras una

larga pausa, Elena se vuelve sonriendo a su marido, que permanece inmóvil, sin levantar los ojos. Le mira fijamente, tratando de adivinar si sospecha algo. Luego le rodea el cuello con un brazo.

ELENA

¡Qué cansada estoy! Toda esta gente comienza a aburrirme. Me alegro de que al fin nos vayamos.

STEPANOV

Fijando en ella una mirada atónita, como si la viese por primera vez.

¿Sí?

ELENA

En todo este tiempo apenas hemos podido estar solos. *(Mimosa.)* ¡Dame un beso! (*Stepanov la besa con frialdad y la mira con ojos escrutadores.)* ¿Por qué me miras de ese modo? ¿Qué te pasa?

STEPANOV

Nada.

ELENA

Tú estás enfadado.

STEPANOV

¿Qué te ha sucedido con el príncipe?

ELENA

A mí nada. ¿De dónde sacas?...

STEPANOV

No mientas. Haces mal en creerme tan tonto.

ELENA

¿Acaso tienes celos?

STEPANOV

No tengo celos, pero quiero saber...

ELENA

¿Saber qué? No comprendo...

STEPANOV

¡Lena!

ELENA

Después de una rápida mirada a su rostro.

Bueno, voy a decírtelo. No merece la pena de que te enfades. Me lo callaba por no exasperarte, pero ya que te empeñas...

STEPANOV

Sí, cuéntamelo todo...

ELENA

Ya te digo que no es nada. No vale la pena ni de hablar de ello... ¡Pero mira que Claudina!...

STEPANOV

No se trata de Claudina. ¡Cuenta!

ELENA

¡Qué gracia me haces! ¿Es posible que tengas celos?

STEPANOV

Con cólera.

¿Quieres acabar?

ELENA

Retrocediendo asustada.

¡No te pongas así!

STEPANOV

¡Quiero saber lo que te ha pasado con el príncipe!

ELENA

¿No te digo que nada?... En fin, ya que te empeñas... ¡Ese imbécil me ha hecho una declaración de amor! Ya lo sabes todo.

STEPANOV

Irónico.

¡Gracias!

ELENA

Ofendida.

¿Qué más quieres? Más me hubiera valido ocultártelo. No volveré a contarte nada. *(Mimosa.)* ¡Vamos, querido, no te atormentes por una tontería así! A todas las mujeres jóvenes y guapas les hacen declaraciones de amor. ¡No puedo prohibirles a los hombres que se enamoren de mí!

STEPANOV

No, pero tampoco debes alentarlos.

ELENA

¿Acaso les aliento?

STEPANOV

Oye, Lena... Hace tiempo que quería decírtelo... Te respeto y me respeto demasiado para tener celos de tí; pero no quiero que mi mujer sea objeto de las asiduidades de un príncipe Tenorio. ¿No comprendes que eso me pone en una situación ridícula?

ELENA

No se deben tomar en serio tales bagatelas. Te aseguro que no ha ocurrido nada grave.

STEPANOV

Si yo sospechara otra cosa no te diría nada: me limitaría a separarme de tí. Pero precisamente porque se trata de tonterías que no te interesan, me disgusto. Me pones en una situación absurda y humillante. Veo claro el juego de esos señores, cuyo único objeto es minotaurizarme. Se alegrarían mucho de que te decidieses a engañarme con ellos, y, sin embargo, debo recibirles, sonreirles, estrecharles la mano, para que no sospechen que tengo celos.

ELENA

¿Cómo iban a sospechar eso?

STEPANOV

¿Por qué no? Como tú eres tan indulgente y coqueta con ellos... El príncipe, por ejemplo, no se atrevería a hablarte de amor si supiera que inmediatamente ibas a contármelo todo. Pero seguro de que me lo ocultarás, es decir de qué estás dispuesta a engañarme con él...

ELENA

¡Por Dios!

SLEPANOV

Ya te digo que te respeto demasiado para tener celos; pero sólo la idea de que esos señores puedan abrigar la esperanza de minotaurizarme me ofende y me exaspera.

ELENA

¡No te enfades, querido! *(Le abraza.)* Tienes razón. No volveré nunca... De hoy en adelante, cuando un hombre me haga la corte le sacaré la lengua. ¿Quieres?

STEPANOV

Haces mal, Lena, en tomar esto a broma. Es más serio de lo que piensas. Sólo no teniendo ninguna estimación por mí puedes dejar de comprender...

ELENA

¡Basta, querido! Si yo me hubiera figurado que te ibas a disgustar tanto... *(Stepanov*

hace un gesto de desesperación.) ¡Sí, com
prendo que he hecho mal, muy mal, per
ya te digo que no volveré nunca...! ¡No sea
malo y dame un beso!

STEPANOV

¡Oh, Lena, Lena, no quieres compren
der! Se diría que hablamos dos idiomas di
ferentes.

MALININ

Desde la terraza

¿Están ustedes ahí? Nos vamos.

ACTO TERCERO

El salón de casa de Stepanov en Kharkov: un piano, cuadros, palmeras enanas, butacas, cortinajes. Un desorden bello y de buen tono,

Dos puertas, una que conduce al vestíbulo y otra a las habitaciones interiores.

Elena está sentada lánguidamente en una chaise-longue y vestida sin lujo, pero con coquetería.

Pablo está sentado junto al piano. Stepanov, de pie, enmedio de la estancia, se dispone a salir.

STEPANOV

¿Conque está mejor Sonia? Me alegro mucho: ¡es tan simpática! ¿Y usted por qué viene tan poco?

PABLO

Siempre hay algo que me lo impide.

STEPANOV

Venga más a menudo... Bueno, Lena, te

dejo con nuestro amigo. Tengo que trabajar.

ELENA

Vete, no queremos detenerte.

STEPANOV

Con su permiso,

PABLO

Tal vez pensara usted trabajar aquí. En tal caso me marcho: su trabajo de usted es más importante que mi visita.

STEPANOV

No, no, al contrario, me alegro de que Lena no se quede sola. ¡Se aburre la pobrecilla! Yo estoy siempre ocupado y no puedo hacerle compañía... No tardaré en volver. ¡Hasta ahora!

Se va.

PABLO

¿En qué trabaja ahora su marido de usted?

ELENA

No lo sé a punto fijo. En alguna novela...

PABLO

¡Qué feliz es usted!

ELENA

¿Por qué?

PABLO

¡Es usted la mujer de un hombre tan interesante y talentudo!

ELENA

Los escritores, Pablo, son mucho más interesantes en sus obras que en la vida... Hablando de otra cosa, ¿por qué se le vé a usted tan de tarde en tarde?

PABLO

Que se ha levantado y se pasea por el salón.

No sé.

ELENA

Eso no es una respuesta.

PABLO

Con voz sorda.

Ya le dije a usted que sería mejor para mí no volver a verla.

ELENA

¿Por qué? Somos amigos.

PABLO

No podemos serlo.

ELENA

¿Qué lo impide?

PABLO

Ya lo sabe usted.

ELENA

Riéndose.

Admitámoslo, pero... eso no es una razón para ser enemigos.

PABLO

Lo cierto es que el verla a usted me mata.

ELENA

No lo tome usted tan por lo trágico.

PABLO

Claro, a usted la divierte.

ELENA

Nada de eso. Al contrario, le compadezco a usted de todo corazón.

PABLO

Groseramente.

¡Gracias! No quiero que me compadezcan.

Enciende un cigarrillo. Elena, siguiéndole con la mirada, cruza los brazos bajo la nuca y adopta una postura llena de seducción. Se dibuja en sus labios una vaga sonrisa.

ELENA

No me encuentro del todo bien. Debo de haberme resfriado... ¡Pablo!

PABLO

¿Qué?

ELENA

Acérquese. Siéntese junto a mí.

Entorna los ojos y se despereza felinamente.

PABLO

Sentándose a sus pies y mirándola de reojo.

Bueno, ya estoy sentado. Ahora, ¿qué?

ELENA

Mirándole con ojos de asombro.

Ahora nada. ¿Acaso quería usted algo más?

PABLO

Con una insolencia un poco forzada.

¡Claro!

ELENA

Usted dirá... *(Pausa.)* ¿Estudia usted mucho? (*Pausa.*) ¿Se ha quedado usted mudo? ¿En qué piensa?

PABLO

¿No lo sabe usted?

ELENA

Le juro que no. Dígamelo y lo sabré.

PABLO

No todo se puede decir...

ELENA

¿Tan vergonzoso es su pensamiento?...

¡Dígamelo, sin embargo!... ¿No quiere usted? ¡Dios mío, no lo sabré nunca!

Suspira de un modo teatral.

PABLO

¿En qué puede pensar un hombre junto a una mujer a quien...

ELENA

Con una sonrisa sutil.

¡No entiendo!

PABLO

Levantándose, encolerizado.

¡Está usted jugando conmigo como un gato con un ratón!

ELENA

¿Me encuentra usted felina?

PABLO

Malévolo.

¡Mucho!

ELENA

¡No sabe usted lo que me alegro! Me encantan los gatos. ¡Son tan graciosos! ¡Siéntese!

PABLO

No quiero.

ELENA

¡Siéntese, se lo mando!

Pablo se sienta, con un gesto de resignación.

ELENA

Después de mirarle un momento en silencio.

¡Me hace usted una gracia loca! *(Se ríe. Pablo va a levantarse.)* ¡Estese quieto, es una broma!

PABLO

¡No estoy para bromas, Elena!

ELENA

Bueno, no se me enfade. Acérquese más... más... así. *(Pausa.)* ¿Le gusto mucho?

PABLO

¡Mucho!

ELENA

¿Le haría feliz sentir mis brazos en torno de su cuello?

PABLO

En el colmo de la turbación.

¡Felicísimo!

ELENA

Me lo figuro; pero no puedo complacerle...

PABLO

Con voz alterada.

¡Elena, por Dios!. .

ELENA

¿Qué le pasa?... Voy a colocarme de manera que esté usted más a gusto. *(Se levan-*

ta y se sienta a su lado, muy cerca, mirándole a los ojos maliciosamente.) ¿Qué tal? ¿No está usted aún contento?... ¡Todo le parece a usted poco!

PABLO

En un arranque desesperado de valor.

¡Sí, muy poco!

Le rodea el talle con un brazo de un modo arrebatado y torpe.

ELENA

¡Y a mí esto se me figura demasiado!

Pablo se apresura a soltar el talle de Elena, que se muestra ofendida.

ELENA

¡No esperaba yo esto de usted, Pablo! ¡Qué vergüenza!

PABLO

Lleno de confusión y disgusto.

¿Por qué me atormenta usted?

ELENA

¿Yo?

PABLO

Sí, se burla usted de mí cruelmente.

Se levanta con lentitud y se sienta en una butaca, cabizbajo. Elena le contempla con una fría curiosidad. Luego se acerca a él con pasos de gata, se sienta en el brazo de la butaca y

alza la mano para acariciarle los cabellos; pero en el mismo instante se abre la puerta y aparece Stepanov. Elena retira presurosa la mano, se levanta, y azoradísima, torna a sentarse en la chaise-longue. Stepanov, inmóvil, aturdido, permanece algunos segundos en el umbral; después se marcha, cerrando la puerta con violencia.

ELENA

Con un gesto de vergüenza y de enojo.
¡Solo faltaba esto!

PABLO

Con timidez, mirándola atontado.
Lo mejor sería que me fuese.

ELENA

¡Sí, para acabarlo de arreglar, dando a entender que había pasado algo serio entre usted y yo!... No se vaya.

Un silencio. Pablo no se atreve a moverse. Elena, fruncidas las cejas y los ojos bajos, medita. Luego se levanta bruscamente y sale por la puerta de las habitaciones interiores. Pablo la sigue con la mirada y saca la petaca cuando se queda solo. Se oye dentro un rumor de querella, en el

que se perciben vibrantes, agudos, los gritos airados de Elena. Pablo, tembloroso, tira el cigarrillo sin encenderlo. Un momento después entra la señora Stepanov, pintadas en el rostro la cólera y la decisión.

PABLO

¿Qué?

ELENA

Mirándole como si le viese por primera vez.

¿Qué me pregunta usted?

PABLO

Con timidez.

Nada... Quería saber... si su marido...

ELENA

Colérica.

¡Estoy harta de estupideces!... ¡Hay que acabar de una vez!... ¿Qué quiere usted de mí?

PABLO

Levantándose con dignidad.

Nada... nada...

ELENA

Con risa malévola.

Me ama usted, ¿verdad?... ¡No me importune más con su amor! Piense en sus estudios, que es lo que a su edad debe preocuparle, y déjese de amores.

PABLO

Estupefacto.

¡Elena!

ELENA

Con más suavidad.

¡Estoy fuera de mí!

Sale de nuevo. Pablo permanece un momento como clavado en el suelo, y como obedeciendo a una decisión súbita, coge la gorra y se dirige a la puerta de salida, donde se encuentra con Claudina, que entra.

CLAUDINA

¡Pablo! ¡Qué sorpresa! ¿Se va usted ya? ¿Dónde está Lena?

PABLO

No sé... por ahí dentro...

CLAUDINA

¿Qué le pasa a usted?

PABLO

¡Hasta la vista!

CLAUDINA

¡Cómo! ¡Me deja usted sola! ¡No, no se lo permito! Hace un siglo que no nos vemos. ¡Siéntese usted! (*Le coge la gorra y le obliga a sentarse a su lado en el sofá.*) ¡Qué cara tiene usted!... ¿Cómo van sus asuntos con Lena?

PABLO

En un repentino arrebato.

Diga usted, señora: ¿todas las mujeres son como usted y como Elena?

CLAUDINA

No comprendo... Además, ¿desde cuándo me compara usted con Elena? ¿No era para usted una mujer extraordinaria, incomparable?

PABLO

¡También se burla usted de mí!

CLAUDINA

Mirándole con atención, le rodea el cuello con un brazo.

¿Qué ha pasado, Pablo? ¿Qué le ha hecho a usted Elena?

PABLO

Nada. He tenido yo la culpa. ¡Déjeme!

CLAUDINA

Reteniéndole.

¡Ya comprendo! ¡Tenga usted calma, pobrecito! Ya le dije que Lena era tan ligera y tan frívola como cualquier otra. A su edad de usted los desencantos son inevitables. ¡Sea usted fuerte!

ELENA

Entrando, con cara tranquila y sonriente.

¡Hola, Claudina! ¡Veo que están ustedes en la mejor armonía!

CLAUDINA

¿Qué le has hecho a este pobre Pablo?

ELENA

¿Yo? ¡Qué tontería!

Pablo, evitando mirar a Elena, coge la gorra y se levanta.

ELENA

¿Se va usted? ¿Por qué? No hay motivo...

CLAUDINA

¿Pero, qué ha pasado?

ELENA

Nada absolutamente... *(A Pablo.)* ¿Quiere usted que hagamos las paces?

PABLO

No estamos reñidos. Lo único que sucede es que me he percatado de mi tontería y mi ridiculez. ¡Hasta la vista!

ELENA

¡Qué estupidez, Pablo!

PABLO

¡Claudina, hasta la vista!

ELENA

Fría y despectiva.

Como usted quiera. No le detengo.

CLAUDINA

Espere. Me voy con usted.

PABLO

A su disposición.

CLAUDINA

A Elena.

Como buena amiga tuya, pondré un bálsamo en las heridas que le has hecho tú.

ELENA

Riendo.

Bueno, Dios te lo pague. ¡Que os vaya bien!

Pablo, dirigiéndole a Elena una mirada rápida, sale. Claudina abraza, riendo, a su amiga y sale también. Elena les mira irse con una sonrisa malévola, se encoge de hombros y se sienta al piano, a lo largo de cuyo teclado sus dedos, nerviosos, inician un juego de escalas... Entra Stepanov.

STEPANOV

¿Estás sola?... ¿Se ha ido tu Pablo? (*Ella calla y sigue tocando. Stepanov se encoge de hombros y empieza a pasear por el salón, con las manos atrás. Un instante des-*

pués se acerca a Elena y, tímidamente, le dá un beso en la nuca.) ¡No tengas mal genio, Lena! *(Ella sigue tocando, sin contestar.)* ¡Lena, oye! *(Le coge una mano; ella persiste en su mutismo.)* ¡Esto es absurdo! ¡Parece que soy yo el culpable! ¡No tengas mal genio! ¡Anda, mírame!

La sacude ligeramente, esforzándose en mostrarse alegre.

ELENA

¡Déjame tranquila!

STEPANOV

¡Cómo abusas de mi paciencia!

ELENA

¡Tú si que abusas de la mía! Parece que te gusta amargarme la vida.

STEPANOV

¿Amargarte la vida, Elena?

ELENA

¡Claro! No me dejas un momento en paz con tus sospechas, me pones en ridículo ante un muchacho... ¡Tus celos estúpidos me sacan de quicio! No puedo más.

Llora.

STEPANOV

Convendrás en que tu turbación al abrir yo la puerta...

ELENA

Era indicio de mi infidelidad, ¿no es

eso?... Me había entregado a él aquí mismo, sabiendo que cualquiera podía entrar de un momento a otro...

STEPANOV

No, mujer; pero confesarás que al verme te asustaste de un modo...

ELENA

¡Te asustaste tú! Ya sabes que soy muy nerviosa. Tu aparición teatral me sobresaltó... y al pobre muchacho también. Se diría que tienes empeño en que se dé cuenta de tus celos.

STEPANOV

Bueno, bueno... confieso mi culpa... Creía... En fin, variemos de conversación. Riete un poco.

La sacude de nuevo. Ella se calma, al cabo, la rechaza con enfado mimoso.

ELENA

¡Si no te estás quieto tendremos un disgusto! ¡Me estás despeinando!

STEPANOV

Bueno, vamos a charlar un ratito al sofá.

La lleva al sofá, cogida por el talle.

ELENA

Con acento de niña enojada.

Mucho mimo ahora; pero la ofensa que

me has hecho... Si quieres que te la perdone, has de pedírmelo de hinojos... y comprarme un sombrero...

STEPANOV

¡Qué inesperado desenlace!... Se pagará la multa.

Elena se tiende en el sofá. Stepanov coge un libro y lo hojea maquinalmente.

STEPANOV

He estado trabajando toda la mañana y me encuentro cansado. Antes escribía sin esfuerzo, pero hace algún tiempo... Decididamente, me voy haciendo viejo. Además, los digustos de estos últimos meses...

ELENA

¡Como tomas tan por lo trágico cualquier pequeñez!

STEPANOV

¿Cualquier pequeñez, Lena? (*Con una carta del libro y la coge.)* ¿De quién es esta carta?

ELENA

Mirando por encima del hombro de su marido y palideciendo.

¡Dios mío, qué curioso eres! (*Le arrebata la carta.)* ¡De un amante, sin duda alguna!

STEPANOV

¡Dámela!

ELENA

No tienes derecho a leer las cartas que no están dirigidas a tí.

STEPANOV

¡Dámela en seguida!

ELENA

Asustada.

¡Jesús! ¡Tómala! ¡Eres terrible!

STEPANOV

Lee la carta con marcada expresión de extrañeza.

¿Quién es «tu I.»

ELENA

Mira... Voy a explicarte... pero no te enfades... Es el príncipe... el príncipe aquel que conocimos en el Cáucaso...

STEPANOV

Sí, si, pero ¿por qué te tutea?

ELENA

¿Ya empiezas? Me volverás loca con tus celos. ¿No has comprendido que se trata de una declaración de amor? ¿No te dije que ese idiota estaba enamorado de mí?

STEPANOV

Sí, pero lo que yo te pregunto es por qué se firma «tu I.»

ELENA

El lo sabrá; probablemente será una licencia poética. Desde luego no es un mo-

tivo para que te enfurezcas. Además, ni siquiera le he contestado. ¡Puede escribir las cartas que quiera!

STEPANOV

Así es que no es esta la primera...

ELENA

No... me ha escrito ya varias... siempre en el mismo tono... Es muy bestia...

STEPANOV

Dominándose.

Enséñamelas.

ELENA

Las he roto. ¿Para qué iba a guardarlas?

STEPANOV

¿Para qué has guardado ésta, entonces?

ELENA

La he dejado olvidada en el libro. Eso prueba lo poco que me interesa. Te aseguro que estoy del príncipe hasta la coronilla. Le he rogado un sin fin de veces que me deje en paz, y él no me hace caso.

STEPANOV

¿Pues no dices que no le contestas?

ELENA

Se lo he rogado por teléfono...

STEPANOV

Luego está aquí...

ELENA

Sí. Me le encontré por casualidad en la calle.

STEPANOV

¿Tenías una cita con él?

ELENA

¿No te digo que me le encontré por casualidad?

STEPANOV

¡Mientes, Lena, mientes!

Se levanta fuera de sí.

ELENA

¡Te juro que el encuentro fué por completo inesperado! Claudina venía conmigo.

STEPANOV

Mientes, mientes. ¡Es abominable!

ELENA

¡Cualquier pequeñez se te figura una tragedia!

STEPANOV

Si no había nada entre vosotros, ¿por qué me ocultabas los encuentros?

ELENA

Porque como hubieras creido que ese idiota se hallaba en Kharkov por mí...

STEPANOV

Lo cual te halaga, ¿no?

ELENA

¡Cualquiera diría que es el primer hom-

bre que me ama! Me han amado tantos, que uno más me tiene sin cuidado. Si yo me enamorase de alguien no te engañaría, te lo diría francamente; pero te amo a tí y los demás hombres no caben en mi corazón.

STEPANOV

¿Me amas?... Lena, no puedo ya creerte. ¿Qué has hecho de nuestro amor?...

Sale cabizbajo, y Elena, al verle trasponer la puerta, rasga nerviosamente la carta.

ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

El despacho de Stepanov. A la derecha un gran espejo sobre una chimenea muy baja, un escritorio ante un sillón de cuero, un armario-librería, una puerta, que da al vestíbulo. En el lado opuesto un sofá y dos butacas y otra puerta, que da a la habitación de Elena.

Sonia y Elena, en traje de calle las dos, están sentadas en el sofá.

ELENA

Malinin acaba de decírmelo. Mi sorpresa ha sido muy grande, no por lo que atañe a Claudina, en quien no me sorprende nada, sino por lo que se refiere a Pablo, un muchacho tan serio...

SONIA

Cuando he oído hablar de ello, como de un rumor, he querido enterarme de la

verdad y he corrido en busca de usted, pensando en su amistad con Claudina... y con Pablo.

ELENA

Yo me figuraba que les visitaría a ustedes con mucha frecuencia.

Entra Pablo. Elena se muestra asombradísima. Sonia disimula a duras penas su emoción.

ELENA

¡Vaya una visita inesperada!

PABLO

Sólo vengo por un minuto... Quisiera decirle a usted dos palabras...

ELENA

¿Pero no saluda usted a Sonia?

PABLO

Es verdad. No me había fijado. ¿Cómo está usted, Sonia?

Sonia le tiende la mano lentamente y clava en él una mirada larga, grave y atenta.

ELENA

¿Qué hora es?

SONIA

Consultando su relojito.

Cerca de las dos.

ELENA

Se me va a hacer tarde... Pablo, cuando

ha llegado Sonia, hace un momento, me disponía a salir... ¿No podría usted dejar sus dos palabras para otro día?

PABLO

¿No podría usted concederme cinco minutos?

ELENA

¡Mañana, Pablo!

PABLO

Mañana no le diré a usted nada.

ELENA

Bueno, si se empeña usted... ¡Diga!

PABLO

Quisiera hablarle a usted a solas.

SONIA

Levantándose.

Elena, la esperaré a usted en el vestíbulo.

ELENA

Bueno. *(Sale Sonia. Elena se sienta en el sofá.)* Le escucho a usted, Pablo... ¿Qué le pasa a usted? ¿Está enfermo?

PABLO

No, estoy borracho.

ELENA

¡Pablo!

PABLO

Con tono insolente.

¿Le parece a usted mal? ¡Qué vamos a hacerle!

ELENA

¡Qué tono!... ¿Qué le ha ocurrido a usted con Gagarin?

PABLO

Nada, una futesa: que me ha sorprendido en los brazos de su mujer.

ELENA

¡Pablo! ¡No le reconozco a usted!

PABLO

Yo mismo no me reconozco. ¡Pero es igual! No se trata de eso.

ELENA

No comprendo como ha podido usted... Siempre había usted despreciado a Claudina.

PABLO

¡Tonterías!... Es como las demás.

ELENA

¿La ama usted?

PABLO

¡Qué he de amarla!... Yo necesitaba una mujer y acepté sus ofertas.

ELENA

¡Qué horror!

PABLO

Con forzada insolencia.

Como querida no tiene peros... *(Perdiendo de pronto el dominio sobre sí mismo.)* ¡Qué desgraciado soy, Elena!

Oculta el rostro entre las manos.

ELENA

¡No sea así, Pablo! ¡No convierta en una tragedia...! *(Le apoya la mano en el hombro.)* ¿Qué cambio se ha operado en usted? ¡Era usted tan puro...!

PABLO

Levantando la cabeza.

¡Es igual!... Habrá un imbécil menos sobre la tierra.

ELENA

Asustada¡

¿Qué quiere usted hacer? ¡Calma, calma! Todo se olvidará con el tiempo y usted volverá a ser el que era.

PABLO

Con tristeza.

No, no puedo ya ser el que era. Me detesto. Me da vergüenza mirarla a usted, a Sonia...

ELENA

Le compadezco a usted de todo corazón...

PABLO

¿Me compadece usted ahora? ¿Por qué no me compadeció antes?

ELENA

Me pedía usted lo imposible, Pablo...

PABLO

Sin escucharla.

La amaba a usted... La amo todavía. La desesperación me ha lanzado a los brazos de esa mujer. Ha jugado usted conmigo, reteniéndome con vagas promesas...

ELENA

¡No comprendo, Pablo!

PABLO

No comprende usted porque no tiene corazón... No piensa usted más que en inspirar amor, pero no ama a nadie. Mi amor la divertía a usted, y yo, pobre de mí...

Apoya la frente en un brazo del sofá y prorrumpe en sollozos.

ELENA

¡Pablo, por Dios, cálmese usted!... ¡Sonia!

SONIA

Entrando.

¿Qué pasa?

ELENA

Ha bebido, a lo que parece... Está excitadísimo. ¡Procure usted calmarle, Sonia!

SONIA

¡Déjeme usted en paz!

ELENA

Asombrada.

¿Se ha vuelto usted loca?

SONIA

No, no me he vuelto loca. ¡Hace mucho tiempo que la odio a usted y la desprecio!

ELENA

Estupefacta.

¿Usted, Sonia?

SONIA

Acercándose a Pablo, sin hacer caso de Elena, y tratando de levantarle.

¡Vámonos, Pablo, vámonos! No quiero que se humille usted ante esta mujer, que se vanagloriará luego de que ha llorado usted a sus pies. ¡Vámonos! ¿Oye usted?

Pablo, mirándola con ojos de espanto, se dirige dócilmente a la puerta. Elena, no sabiendo qué hacer, se ríe con risa retadora.

SONIA

Deteniéndose a la puerta.

¡Sí, ríase usted! ¡Puede usted estar contenta!

Sonia y Pablo salen. Elena permanece, durante largo espacio, atónita, sen-

tada en el sofá; luego se levanta con gesto colérico, se arregla el sombrero ante el espejo y, encogiéndose de hombros, sale. La escena queda desierta unos instantes. Se oyen después voces en el vestíbulo y entran Stepanov, Malinin y Gagarin.

STEPANOV

Quédese usted en casa unos días, será lo mejor. Aquí, al menos, no estará usted solo.

GAGARIN

Gracias... Todo me es lo mismo...

Se sienta en el sofá, cabizbajo, abstraido. Malinin se sienta junto a la mesa y enciende un cigarrillo. Stepanov abre la puerta que da al cuarto de su mujer, cuya ausencia le contraría visiblemente.

STEPANOV

A Gagarin, sentándose a su lado.

¿Quiere usted acostarse? Considérese usted en su casa.

GAGARIN

Con un gesto de desesperación.

¡Todo me es lo mismo!

MALININ

¡No te desesperes! No se merece ella...

GAGARIN

Haces mal en tratarla así: la culpa es mía.

STEPANOV

¿De usted? No comprendo...

GAGARIN

Sí. Míreme usted bien: soy viejo, calvo... no hay nada en mí que pueda agradarle a una mujer. La pobre Claudina tiene un alma sensible, poética... Figúrese usted una rosa bella y fragante junto a un saco de harina. Claro que lo que ha hecho me da mucha pena, pues la quiero con toda mi alma y es muy triste quedarse solo en la vejez, pero no le guardo rencor a la pobre. Tiene derecho a ser feliz y no seré yo quien se lo impida.

MALININ

De poco le servirá la libertad. Ese mozo se cansará de ella y la mandará a paseo y ella tendrá que hacerse hetaira.

GAGARIN

No tienes derecho a decir de Claudina tales horrores... Si ese joven la ama de verdad... Y Claudina puede inspirar un amor profundo. Tú no la conoces... Además yo la ayudaré. No soy rico, pero puedo atender a sus necesidades en la medida de mis fuerzas, con cien rublos al mes. Desde lue-

go, nuestro pisito, con todos los muebles, lo dejo a su disposición.

MALININ

¡Qué imbécil eres!

STEPANOV

¡Hombre!

GAGARIN

Tú no eres imbécil, eres muy listo, lo he dicho siempre, pero no tienes corazón. *(Pausa.)* Diga usted, señor Stepanov, ¿podría aún conseguirse algo, hablándole a Claudina?

MALININ

Irónico.

¡Sí, sí, debes pedirle perdón! Quizá te lo conceda... para pegártela otra vez.

GAGARIN

Eres injusto. Claudina, contra lo que tú crees, tiene un corazón de oro. La culpa de lo que ha hecho es mía: me pasaba la vida en el club, la dejaba sola...

MALININ

Así podía recibir a sus amantes.

GAGARIN

¡La calumnias! ¡Nunca ha tenido amantes!

MALININ

Bueno, si te empeñas... Sin embargo, yo puedo...

STEPANOV

¿Quieres callarte?

MALININ

¡Hay que acabar de abrirle los ojos!

STEPANOV

Interrumpiéndole.

¡No le haga usted caso, señor Gagarin! Ni él mismo sabe lo que se dice. Lo mejor sería que se acostase usted. No habrá usted dormido en toda la noche.

GAGARIN

¡El golpe ha sido tan rudo! Toda la ciudad se burlará de mí.

STEPANOV

Nada de eso. Al contrario. Todo el mundo le compadece a usted. Venga y se acostará un ratito. *(Le levanta, le lleva a la habitación de la izquierda y vuelve.)* Oye Andrés, cuando un hombre está muriéndose de pena, es cruel darle el golpe de gracia.

MALININ

¡Me subleva ver a un hombre tan ciego por una mujer!

STEPANOV

Tú no has amado nunca.

Se sienta en el sillón de cuero y se pone a arreglar papeles.

MALININ

¡Afortunadamente!

STEPANOV

No puedes ser juez en materias de amor.

MALININ

Ningún amor me hubiera tapado los ojos hasta el punto...

STEPANOV

Evitando mirarle.

Cuando se ama de veras, se rechaza como algo absurdo la idea de la infidelidad de la mujer amada.

Un silencio. Stepanov finge buscar algo en los cajones. Malinin se pasea por la habitación nerviosamente, reflejada en el rostro una viva lucha interior.

STEPANOV

Como respondiendo a sus propios pensamientos.

La verdad, la verdad... ¿Y si es demasiado terrible?

MALININ

Hay que conocerla, sin embargo. *(Un*

nuevo silencio. Luego sin dejar de pasearse.) Cuando vemos en peligro la vida o la fortuna de nuestro amigo, nos creemos en el deber de prevenirle, de abrirle los ojos. ¿Por qué hemos de callar cuando es su honor lo que peligra, cuando le engaña su mujer, pisoteando su nombre?

STEPANOV

Yo no digo eso.

MALININ

Muy excitado.

Figúrate que eres, desde hace largos años, amigo de un hombre a quien quieres y estimas... *(Steporov alza los ojos y Malinin evita su mirada.)* Si ves que le engañan groseramente, que se burlan de él, ¿qué harás? ¡Dí!... ¿Engañarle con tu silencio tú también?

STEPANOV

Mirándole fijamente.

No le ocultaría la verdad.

MALININ

¿No?

STEPANOV

¡No!

MALININ

Entonces... *(No acabando de resolverse.)*

entonces haces mal en tachar de cruel mi conducta con Gagarin.

STEPANOV

Mirándole aún con más fijeza.

No creía yo tan de corazón tu amistad con Gagarin.

MALININ

Confuso.

En el ejemplo me refiero a un amigo hipotético, no a él precisamente...

Un silencio.

STEPANOV

¡Oye, Andrés!

MALININ

¿Qué?

STEPANOV

¿Te referías a mí?

MALININ

Deteniéndose y volviéndose a Stepanov.

¡Supón que sí! ¿Qué?

STEPANOV

Con voz trémula.

¿Conque, en efecto...

MALININ

Supón que sí...

STEPANOV

Con calma ficticia.

No dudo que tendrás tus razones... Comprenderás la gravedad...

MALININ

Sí, la comprendo, y te declaro que, aunque no tengo la evidencia de que tu mujer te es infiel, estoy casi seguro de ello... *(Un largo silencio.)* ¡Oye, Sergio! Nos conocemos y tratamos hace muchos años. Te quiero y te estimo. Puedes creerme que este paso es para mí penoso en extremo. Antes de decidirme a darlo, antes de decidirme a hablarte como voy a hacerlo, he vacilado mucho... Y si me he decidido al fin, ha sido porque sufría demasiado. Sé que me expongo a perder tu amistad, que tan cara me es, pero no puedo callar más.

STEPANOV

¡Habla!

MALININ

Tu mujer se conduce de un modo abominable. Sólo piensa en el *flirt*, en ser cortejada. Mientras tú has estado en Moscou, el príncipe no la ha dejado a sol ni a sombra. Ignoro el carácter de las relaciones entre ambos, pero sé que tenían entrevistas frecuentes, que todo el mundo comentaba, ya supondrás de qué manera. También sé que

se escriben y que, aún ahora, después de tu vuelta, siguen viéndose. Y no es eso solo... En fin, estoy convencido de que tu mujer te es infiel, por más que carezco de pruebas decisivas.

STEPANOV

Lo que no te impide decir indecencias de ella.

MALININ

En tono afectuoso de reproche.

¡Sergio!

STEPANOV

Con cólera.

Nada de lo que me dices me coge de nuevas. Me lo ha dicho la misma Lena. Sé que el príncipe está enamorado de ella, que le escribe cartas—una de las cuales he leído,—que está ahora aquí...

MALININ

¿Te lo ha contado? ¡Qué frescura!

STEPANOV

Aprecio en lo que vale la leal amistad que te ha movido a decirme todo eso, pero... exageras... no te haces cargo de que solo se trata de un *flirt* inofensivo.

MALININ

¡Sergio, estás ciego!... Mejor dicho, cierras los ojos por miedo a la verdad.

STEPANOV

Enfurecido.

¡Y tú le tienes tan mala voluntad a Elena... que no retrocedes ante la calumnia!

MALININ

¿Crees, pues, que miento?

STEPANOV

No sé. Todo eso son juicios temerarios, habladurías, y no es motivo suficiente para que yo rompa con Elena, que es mi compañera desde hace seis años y sólo me merece amor y respeto.

MALININ

Sí, he hecho mal en hablar. Siempre es peligroso entrometerse en asuntos conyugales. No se me oculta que nuestra amistad ha concluido ¡Qué vamos a hacerle! No he dicho nada. Todo ha sido una vil calumnia. Sigue al lado de tu mujer, que vive entregada por entero al culto de tu honor y no te ha engañado jamás.

STEPANOV

Amenazador.

¡Andrés!

MALININ

Cree en ella, sí, cree en ella, aunque se burle de tí con su amante, aunque, momentos después de palpitar entre sus brazos, te jure que te ama con locura... Yo no debí

meterme nunca en lo que, a la verdad, no era de mi incumbencia. ¡Hasta la vista! Tarde o temprano abrirás los ojos a la luz. ¡Quédate con Dios!

Sale con paso rápido.

STEPANOV

¡Andrés, espera!

La puerta se cierra con violencia.

CUADRO SEGUNDO

La decoración del tercer acto.

Elena, en traje de mañana—una elegante bata muy vaporosa y descotada—leyendo una carta, está sentada al piano. A algunos pasos de distancia, el groom *del hotel donde se hospeda el príncipe, la contempla con ojos ávidos. De pronto la señora Stepanov levanta la cabeza y sorprende la mirada del muchacho, que se turba. Ella se sonríe con una sonrisa sutil y sigue leyendo, no sin dirigir antes una rapidísima ojeada a su descote.*

ELENA

Cuando acaba de leer la carta.

Le dirás al príncipe, de parte mía, que le deseo feliz viaje.

EL GROOM

¿La señora no manda otra cosa?

ELENA

Clavando en el groom *una mirada sonriente.*

Nada más que eso.

EL GROOM

Turbadísimo, haciendo una reverencia.

A las órdenes de la señora.

Se va. Elena le sigue con la mirada hasta la puerta. Luego, sin dejar de sonreir comienza a tocar un vals frívolo. Momentos después se abre la puerta del vestíbulo y entra el príncipe. Elena vuelve la cabeza y al verle da un ligero grito y se levanta.

ELENA

¿Se ha vuelto usted loco?... ¿No contento con enviarme al «groom», tiene usted la osadía de venir en persona? Le advierto que mi marido llegará de un momento a otro...

EL PRINCIPE

Peor para él... ¡Está usted arrebatadora con esa bata!

ELENA

¡Le ruego que se vaya!

EL PRÍNCIPE

¡No, no y no!

ELENA

¡Que se vaya, le digo!

EL PRÍNCIPE

¡Qué me he de ir! Me ha prometido usted veinte veces ir a visitarme y nunca ha cumplido su palabra. Ayer la estuve esperando todo el día. Eso la divertirá a usted mucho, pero a mí no me gusta que las mujeres se burlen de mí y voy a probárselo a usted. El «groom» del hotel, a quien esperaba a la puerta, acaba de darme su atenta contestación de usted. ¿Ha tomado usted mi carta en serio? ¿Se ha creído que, en efecto, perdidas las dulces esperanzas que usted me había hecho concebir, iba a marcharme a mi tierra, resignado, como un opositor sin plaza? Después de cuanto ha pasado entre nosotros, el desearme feliz viaje es una burla intolerable, es declararme francamente que ha estado usted jugando conmigo.

ELENA

Burlona.

¡Muy bien interpretado!

EL PRÍNCIPE

Lleno de cólera.

¡Pero yo, señora, cuando juego con las mujeres siempre es para ganar! ¡Y no me iré de aquí sin hacerla a usted mía!

ELENA

Asustada.

¿Qué pretende usted?

EL PRÍNCIPE

Con frialdad.

Poseerla a usted.

ELENA

¡Ha escogido usted con gran acierto el sitio y la ocasión! ¡Está usted loco! ¡Váyase!

EL PRÍNCIPE

No me iré sin que sea usted mía.

Le coge una mano.

ELENA

Fuera de sí.

¿Qué hace usted? *(Intentando zafarse.)* No lo conseguirá...

EL PRÍNCIPE

¿No he de conseguirlo?

ELENA

¡Déjeme! *(Con una cólera brutal, trata de rechazarle.)* ¡Déjeme, le digo: me da usted asco!

EL PRINCIPE

¡Antes no se lo daba a usted!

ELENA

¡Antes no, pero ahora...! ¡Ahora no asco, náuseas! *(El príncipe la arrastra brutalmente al sofá.)* ¡Pedro!

El príncipe la derriba sobre el sofá. El violador pone en juego toda su fuerza para vencer la desesperada resistencia de la señora Stepanov.

ELENA

¡Déjeme, se lo ruego! ¡Ahora no, después! Me vestiré... y, ¡se lo prometo, iremos adonde usted quiera! ¡Después, por piedad! ¡Oh, Dios mio!

El príncipe le cierra la boca con un beso y le besa después apasionadamente los brazos, los hombros, el pecho. Ella se resiste con brío y tenacidad amazonescos; pero de pronto desfallece, entorna los ojos y rodea el cuello del príncipe con sus brazos desnudos. En este momento la puerta se abre bruscamente y aparece Stepanov.

STEPANOV

¡Lena!

El príncipe se levanta. Stepanov le abofetea.

EL PRINCIPE

¡Ah!

Se lanza sobre Stepanov y comienza una lucha abominable. El príncipe derriba sobre la mesa a Stepanov, tirando una silla y algunos otros muebles. Elena llora en un rincón, cubriéndose el rostro con las manos. No tarda en entrar Pedro, el criado, que se lanza sobre el príncipe y, tras breve lucha, le echa de la estancia. Stepanov intenta seguirle, pero el criado le detiene con una mano y con la otra rechaza al príncipe, que pretende volver a entrar.

EL CRIADO

No tenga cuidado el señor. Voy a darle una buena tunda.

Empuja al príncipe hacia fuera y sale tras él, cerrando la puerta. Se oye, en el vestíbulo, ruido de lucha. El príncipe grita amenazadoramente. Voces y ruido aléjanse y no tarda en reinar el silencio. Stepanov se dirige con paso vacilante al sillón, en el que se deja caer pesadamente. El rostro oculto entre las manos, lanza sordos gemidos. Luego calla y se queda inmóvil. Elena le mira horrorizada

y, con gesto de desesperación, se levanta, se acerca a él lentamente y cae de rodillas a sus pies.

ELENA

¡Sergio! *(El no contesta.)* ¡Sergio!

Tiende tímidamente una mano hacia él y le toca.

STEPANOV

Rechazándola con furia.

¡Vete!

Vuelve a ocultar el rostro entre las manos.

ELENA

Tendiendo de nuevo la mano hacia él, pero sin tocarle.

¡Sergio, por Dios, escúchame! ¡No soy culpable! ¡Te lo explicaré! Te juro que te engañas.

STEPANOV

Con un ademán de amenaza.

¡Vete, o te mato!

ELENA

Retrocediendo y volviendo en seguida a arrodillarse junto a él.

¡Escúchame, por Dios! Te juro por lo más sagrado que no soy culpable. No te he sido infiel. Bien sabes que te amo... Si quieres me iré... para siempre... pero antes tienes que escucharme. Ese hombre me per-

seguía sin cesar... a pesar de mis súplicas de que me dejase tranquila y de mis negativas a recibirle y de que yo hacía lo que me era dable para no encontrarme con él... Yo pensaba a veces decírtelo todo, pero no me atrevía. ¿Puedes creerme por un solo instante capaz de engañarte con él?... Yo nunca le hubiera recibido. Sabiéndolo, ha espiado el momento de tu ausencia de casa, ha entrado, y como un bruto... *(Stepanov hace un movimiento.)* Yo no soy culpable... he luchado, he gritado, he llamado a Pedro en mi socorro. ¿Iba yo a escoger, a no estar loca, esta hora y este sitio para serte infiel?... Ya sabes la importancia que les doy yo a los juramentos... Pues bien, que se cebe en mí la desgracia, que la viruela me convierta en un monstruo de fealdad si te he sido infiel. ¡Créeme, Sergio! ¡Por última vez, créeme!

STEPANOV

Empezando a prestar oído a las palabras de su mujer.

¿Te parece que te he creido poco?

ELENA

Elena en un transporte de alegría, cogiéndole las manos y apretándose contra sus rodillas.

¡Ten fe en mí una vez más!... ¡Yo seré

casquivana, frívola, habré hecho algunas tonterías, pero bien sabes tú que no te he sido nunca infiel!

STEPANOV

Con desesperación.

¿Que yo lo sé?... Mientras he dado crédito a tus palabras...

ELENA

Siempre te he dicho la verdad. Solo te he amado y te amo a tí. En el halago que he encontrado siempre en ser cortejada no ha habido nunca nada grave. ¡Perdóname, Sergio mío! Te he hecho mucho daño... pero tú, que eres el más fuerte, has debido sujetarme, llamarme a la razón... ¿Me perdonas? ¿Perdonas a tu estúpida y frívola Lenita? No he dejado de serte fiel...

STEPANOV

¿Cómo voy a creerte?

ELENA

Animándose.

¡Te lo juro!... ¿Tengo yo la culpa de que ese imbécil se haya vuelto loco y se haya conducido como un apache?

STEPANOV

Tú te has conducido antes de tal modo, que has dado lugar a que te traten como a una... ramera.

ELENA

Apartándose ofendida.

¡Nadie se ha atrevido a tratarme...

STEPANOV

Las mujeres como tú, que flirtean con odo el mundo, que no pueden mirar a nin-ún hombre con ojos honestos, son peores ue las rameras. Las rameras se entregan or un pedazo de pan, y vosotras...

ELENA

No me insultes. ¡Yo no me he entregado unca a nadie!

STEPANOV

Levantándose furioso.

¡No lo sé! Acaso no sea ese príncipe tu nico querido... No te insulto, no, no te in-ulto. No se puede insultar a quien se arras-ra por el cieno. ¿Te figuras que yo no me laba cuenta de nada? ¿No comprendes que hogaba yo mismo mis sospechas porque e amaba demasiado y temía como la ma-or de las desgracias perder del todo la fé n tí?... Y si no acabara de ver con mis ropios ojos...

ELENA

Llorosa.

¡Pero si ya te he dicho lo que ha suce-lido!

STEPANOV

Lo que ha sucedido es que has roto nuestra vida, que has matado mi fé, mi calma, mi propia estimación... Me habias hecho ya caer tan bajo, que te vigilaba como un espia, que no creía en tus palabras ni en tus caricias, que sometía a interrogatorios a la gente para convencerme de cosas demasiado claras...

ELENA

Con desesperación

¿A qué cosas aludes? ¿Qué es lo que te parece tan claro?

STEPANOV

Que eres una mujer perversa, sin corazón y sin honor, que solo piensa en tornar con sus encantos a los hombres. Si no me has sido infiel aún, cualquier dia me lo serás, de la manera más cobarde, más innoble, en secreto, como una ladrona...

ELENA

En un arranque de orgullo

¡No me conoces!

STEPANOV

Te conozco a fondo, por desgracia; pero como te amaba mucho, cerraba los ojos a la luz y lo achacaba todo a tu candidez. He roto con mi mejor amigo porque se ha de

cidido, después de largas vacilaciones, a hablarme con franqueza.

ELENA

¡Qué conducta más caballeresca!

STEPANOV

Lo caballeresco para tí, hubiera sido que se callase, que me dejase en la ignorancia de la verdad hasta que yo te hallase en los brazos de tu amante y me pegase con él ayudado por el criado, que ya lo habrá, a estas horas, contado todo en la cocina.

Se sienta pesadamente en el sillón con la cabeza entre las manos.

ELENA

¿De qué amante hablas?

STEPANOV

¿Qué has hecho de mí? ¿Qué has hecho de nosotros dos? ¿Cómo voy a creerte? Te he visto en los brazos de ese hombre y... (*Asiéndola con ambas manos de un modo violento.*) ¡Dime la verdad!... ¿Me has sido infiel? ¡Dímelo!

ELENA

Te repito que no.

STEPANOV

¿Y si en este instante, en el fondo de tu alma, estuvieras burlándote de mí?... ¿Te atreverás a negarme que has tenido citas con él?

ELENA

Una sola vez estuve a verle para explicarme categóricamente. Te lo he contado ya.

STEPANOV

Rechazándola.

¡Mentira! ¡No me lo has contado! ¡Como tampoco me has contado que le escribías y le telegrafiabas!

ELENA

Todo te lo hubiera contado hace mucho tiempo, sino hubiera temido que un *flirt* sin importancia alguna excitara tus celos.

STEPANOV

¡Un *flirt* sin importancia alguna, que ha dado lugar a una escena salvaje entre tu amante y yo! ¡Oh Lena, qué bajo has caído!

ELENA

¡No tienes derecho a hablarme así!

STEPANOV

Cogiéndole una mano con furia.

¡Tengo derecho hasta a matarte!

ELENA

Altivamente.

¡Mátame, pero no me insultes! Te prohibo...

STEPANOV

Apretándole con rudeza la mano.

¿Qué puedes tú prohibirme?

Ella se encoge de dolor. El le suelta la mano y se tapa la cara.

ELENA

Sacudiendo la mano.

Me has hecho daño. *(El no contesta. De pronto ella le abraza con arrebato.)* ¡Sergio mío, perdóname! Si quieres, podemos dejar esta ciudad para siempre... Soy una estúpida, una frívola, pero te amo...

STEPANOV

Con amargura.

Nuestra vida, Elena, se ha roto. Aunque hoy llegue a creerte, mañana renacerán mis sospechas. Empezaré de nuevo a espiarte... Me parecerá que todo el mundo sabe la verdad excepto yo. ¡Y yo no la sabré jamás! *(Una pausa.)* ¡Dime la verdad, Lena!

ELENA

¡Ya te la digo y no me crees!

STEPANOV

¡Iré a ver al príncipe y le obligaré a que me la diga!

ELENA

Asustada.

¡No harás eso!

STEPANOV

¡Tienes miedo!

ELENA

Confusa.

No tengo miedo... Vé si quieres; pero, ¿para qué?

Agotadas las fuerzas, se sienta en el sofá.

STEPANOV

¡Para conocer la verdad!

ELENA

¿No me crees a mí y creerás a ese imbécil?

STEPANOV

¡Díme la verdad tú! Es inútil que me la ocultes...

ELENA

Con una expresión dolorosa.

¿No te he jurado que no te he sido nunca infiel? ¿Qué más quieres?

STEPANOV

¡Pero yo no puedo creerte!

ELENA

¡Estás muy excitado! Ya verás, cuando te tranquilices, como no hay motivo para ponerse así...

STEPANOV

Con amargura.

¿No hay motivo? ¿Te parece poco motivo?

ELENA

¡Yo no tengo la culpa de que estéis todos locos! ¡Dios mío, qué suplicio!

STEPANOV

¿Acaso yo no sufro, Lena? ¡Dime la verdad!

ELENA

¡Esto es demasiado, Virgen Santa!

STEPANOV

Cogiéndole violentamente una mano y obligándola a levantarse.

¿Con que es demasiado?... ¡Eres su querida, estoy cierto!... ¡Confiésalo! ¡Confiésalo!

ELENA

Déjame, me haces daño

STEPANOV

Yo te obligaré a decir la verdad

ELENA

Tratando en vano de arrancar su mano de la de Stepanov.

¿Pero qué verdad quieres?

STEPANOV

¡Confiesa que es tu amante!

ELENA

No pudiendo ya soportar el dolor.

Bueno, si te empeñas lo confesaré. Sí, es mi amante...

Stepanov le suelta la mano. Ella se la frota con la otra y mira de reojo, con odio de bestia acosada, a su marido. Luego se sienta, y con una expresión afectadamente tranquila, empieza a alisarse los cabellos. De pronto Stepanov se acerca ella y le da una bofetada.

ELENA

¡Ah!...

Cae sobre el sofá, le mira con espanto, y hundido el rostro en un cojín, prorrumpe en sollozos.

STEPANOV

En un arrebato de remordiento, de vergüenza y de desesperación.

¡Lena, perdóname! ¡No he sabido lo que me he hecho! ¡Me he vuelto loco! ¡Lenita mía!

Se precipita sobre ella, le besa las manos, los cabellos, los hombros, y se esfuerza en hacerle levantar la cabeza.

ELENA

Vete!

STEPANOV

¡Lenita mía! Estaba fuera de mí... ¡Dios mío, a lo que hemos llegado! ¡Le he pegado a mi Lena, a mi probecita Lena, débil, delicada, flor de mis ternuras! ¡Perdóname, estoy loco!

ELENA

Levantándose de repente y mirándole de hito en hito con una cólera enorme.

¡No estás loco, eres un imbécil!

STEPANOV

¡Lena!

ELENA

¡Sí, eres un imbécil, un idiota! ¡Te detesto! ¡Vete!

Stepanov, retrocediendo, la mira con terror. En el rostro de Elena se pintan el odio, el desprecio y la cólera

ELENA

¿No querías saber la verdad? Pues, sábela: ¡te he sido infiel! ¿Oyes? te he sido infiel...

STEPANOV

Desesperado, dubitante.

¡Lena!

ELENA

Sí, te he sido infiel. No solo con el príncipe, sino con otros muchos hombres. ¡To-

dos lo sabían menos tú, ¡idiota, imbécil! ¡Te odio, te desprecio, estoy harta de tí! ¡Vete, vete!

STEPANOV

¡Calla!

Le coge las manos como para contenerla.

ELENA

Con gesto rencoroso y triunfal.

¡Sí, sí, te he sido infiel, me he burlado de tí! ¡Y si me perdonas, te seré infiel de nuevo... con el príncipe, con cualquiera! ¡Me entregaré a todo el mundo! ¿Entiendes?

STEPANOV

¡Calla!

Lleno de cólera, intenta taparle la boca.

ELENA

Zafándose de él.

¿No querías saber la verdad? ¡Ya la sabes! ¿Necesitas, quizá, detalles?

Furioso, enloquecido, Stepanov la coge por el cuello. Ella hace esfuerzos desesperados para desasirse. Ambos ruedan del sofá al suelo. Ella empieza a lanzar unos gemidos, se estremece, y de pronto, se queda inmóvil. Stepanov sigue apretándole el cuello durante algunos segundos; lue-

go la mira a la cara, aplica el oído a su pecho, y lleno de horror, retrocede hasta la mesa. Una sonrisa terrible contrae su rostro.

STEPANOV

¡Se acabó!

Coge de encima de la mesa un cigarrillo, lo enciende de un modo maquinal, se sienta en el sillón y clava los ojos espantados en el cadáver de su mujer.

TELON

TEATRO SELECTO CONTEMPORÁNEO, EDITADO POR LA BIBLIOTECA NUEVA

TOMOS PUBLICADOS

OSCAR WILDE.—*El abanico de Lady Windermore.* Traducción y prólogo de Cristóbal de Castro.....ptas. 2'00

FRAND WEDECKIND.—*Despertar de Primavera.* Traducción y prólogo de Manuel Pedroso.....ptas. 2'00

LEONIDAS ANDREIEV. *Hacia las estrellas.* Traducción y prólogo de N. Tasin.ptas. 2'50

JOHN GALSWORTHY.—*La huelga.* Traducción y prólogo de Luis Araquistain..ptas. 2'50

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON. *Laboremvs.* Traducción y prólogo de E. Diez-Canedo ptas. 2'50

ANGEL GANIVET.—*El escultor de su alma*.....ptas. 2'50

MIGUEL ARTZIBACHEV.—*Celos.* ....ptas 2'50

EN PRENSA OBRAS DE LOS MAS FAMOSOS AUTORES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

2'50 PESETAS